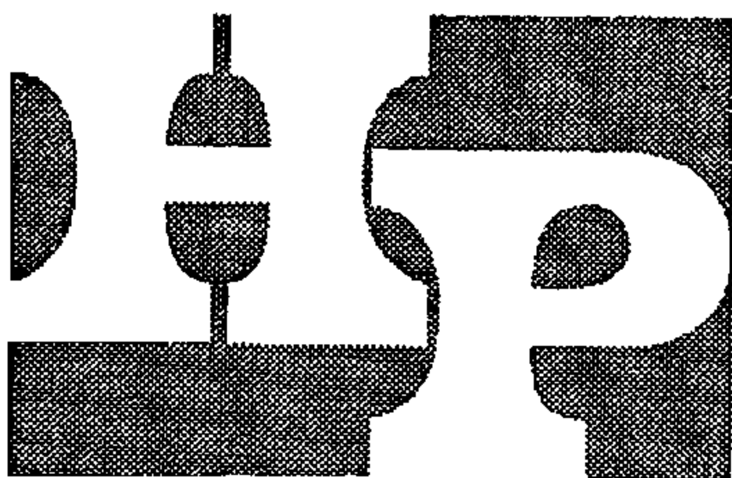


Silver Kane

EL EXTRAÑO PISTOLERO

LOON





Héroes de la PRADERA



Silver Kane

EL EXTRAÑO PISTOLERO

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 293
Publicación semanal

Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

ISBN 84-02-02524-2

Depósito legal: B 24864-1975

Impreso en España - Printed in Spain

2.a edición: agosto, 1975

© Silver Kane, 1975

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL, BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva, 2. Baecelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

El ayudante del *sheriff*, un joven menudo y con la cara llena de pecas, aminoró el galope de su caballo al distinguir la granja.

Una parte del edificio sobresalía a la izquierda de un grupo de árboles, cosa que normalmente no hubiera sucedido. El ayudante del *sheriff* recordaba que la casa siempre estuvo oculta por las hojas de los árboles, de tal modo que resultaba invisible desde el camino. Pero ahora, a causa de la sequía, los árboles estaban semimuertos y las hojas habían caído antes de tiempo. También la tierra estaba dura, y los cascos del caballo resonaban en ella como sobre un tambor.

Al oírlos, un muchachuelo salió corriendo.

Tendría unos diez años e iba descalzo. Toda su ropa consistía en unos pantalones y un jersey demasiado grande, que sin duda le había regalado alguien.

El pequeño, sin embargo, parecía contento, con esa alegría que dan la libertad y la naturaleza. Parecía un animalillo brincando entre las ramas secas y agitando los brazos.

—¡Nick! ¡Nick!

El ayudante del *sheriff* le saludó también.

—¿Qué hay, Bill? Tú, tan saltarín como siempre, ¿eh? ¿Es que nunca vas a ir a la escuela?

—Está muy lejos.

—Ya te daré yo a ti, y a… A este paso vas a ser tan burro como el *sheriff*.

—Pues es el que más manda. Y es tu jefe.

—Porque tiene buena puntería, que si no… —descabalgó lentamente—. ¿Quieres dar de beber al caballo, Bill? ¿Dónde está tu padre?

Una voz grave llegó entonces desde cierta distancia.

—Aquí estoy, Nick. ¿Qué hay?

Nick volvió la cabeza y vio acercarse al dueño de la granja. Era un hombre robusto, de unos treinta años, con la piel tostada a causa del trabajo al aire libre. No iba descalzo, como su hijo, pero sus ropas estaban tan remendadas que parecían ir a caer hechas jirones de un momento a otro.

El ayudante del *sheriff* le saludó.

—¡Hola, Tom!

—No vendrás a detenerme, ¿eh?

—Si alguna vez cometieses un delito, no sería yo quien viniese por ti, Tom. Somos demasiado amigos para eso. Lo que quisiera detener es el mal tiempo. ¡Diantre, cómo está la tierra!

Tom la pateó mitad con rabia mitad con tristeza.

—No se puede trabajar, Nick. La cosecha del año pasado fue desastrosa por las inundaciones. La tierra estaba ahogada. ¡Y en cambio este año va a morirse de sed! ¿Ves aquellos árboles?

Señalaba los que en otro tiempo habían ocultado la casa.

—Sí… Claro que los veo, Tom.

—Sus raíces son profundas y, sin embargo, están también secos. Eso significa que debo renunciar a abrir pozos para buscar agua. ¡Todo está seco, hasta el fondo! ¿Y sabes lo que eso significa, Nick? Que mi mujer, mi hijo y yo vamos a morirnos de hambre.

Nick se echó el sombrero hacia adelante y se rascó la nuca pensativamente.

—No sé qué decirte, Tom. Todos los granjeros de la comarca están igual. ¿Habéis pedido renovación de los créditos que os dio el Banco?

—Sí, pero no quieren concedérmelo. Sólo han renovado el crédito a unos cuantos, a los que estaban en mejor situación. En cambio a los tipos como yo… ¡Bah! ¡Está visto que nosotros somos basura! ¡No tenemos más que nuestras manos, y las manos de un hombre se ve que valen bien poca cosa!

Nick hizo un leve gesto de reproche.

—No hables así delante del chico, Tom. Va a aprender la tristeza de la vida demasiado pronto.

—La está aprendiendo ya. ¿No ves cómo va vestido? Y pasa hambre.

—Pero si te ve a ti optimista, las cosas le parecerán diferentes.

Tom se pasó una mano por la cabeza, apesadumbrado.

—Tienes razón. Sólo faltaba que atormentara también al pequeño… Bueno, ¿a qué has venido, Nick?

El ayudante del *sheriff* llevaba una cartera, de la cual extrajo una gran hoja de papel doblado. Era un pasquín.

—He venido a darte esto. —¿Un pasquín? ¿A mí?

—El *sheriff* me ha ordenado que los repartiera por toda la comarca. Míralo.

Tom lo desplegó y lo examinó atentamente. Estaba reproducida en él la cara de un hombre joven, que debía tener apenas unos veinticinco años. Sus ojos eran duros y profundos, pero no hostiles. Tenía los cabellos rubios y la tez morena, al parecer. No se podían apreciar muchos detalles en la rudimentaria fotografía, pero daba la sensación de un hombre que ha pasado la vida en la pradera, al igual que Tom.

El texto que había debajo era muy sencillo y claro:

DODGE LANE

Reclamado por atraco a mano armada y doble asesinato.

5000 dólares de recompensa a quien lo entregue vivo o muerto.

500 dólares a quien dé informes que faciliten su captura.

Tom dejó de mirar el pasquín. Había visto muchos papeles como aquél desde que vivía en Iowa.

Todos decían lo mismo. La única diferencia estaba en que esta vez la recompensa resultaba muy alta.

—¿Qué tengo yo que ver con esto? —musitó.

—Todos tenemos que ver.

—No te entiendo.

—Me entenderás muy fácilmente cuando te diga que Dodge corre por aquí. Debe estar escondido en los bosques. El *sheriff* ha montado una redada gigante para capturarlo.

—Pero eso tampoco me afecta… ¿Qué tengo yo que ver con ese

bandido?

Nick sonrió.

—Ya te he dicho que todos tenemos que ver, Tom. Si se oculta por aquí, todos tenemos el deber de estáis advertidos y hacer lo posible por capturarlo. El *sheriff* quiere que hasta los pastores tengan pasquines como éste. De ese modo, si alguien le ve, podrá denunciarlo en seguida.

Tom se encogió de hombros.

—Bueno, pero lo que importa no es eso… ¡Más valdría que lloviera de una condenada vez!

—Tú tendrías una buena lluvia, y de oro, si capturases a ese tipo. Imagina que se pone a tiro de un excelente cazador como tú. Le darías en mitad de las cejas aunque estuviera a quinientas yardas. ¡Menuda pieza!…

Tom volvió a encogerse de hombros.

—Esas cosas no son para mí. De todos modos lo guardaré, y hasta si te gusta lo pondré en la puerta de la granja. Bueno, Nick… ¿qué haces? ¿No entras a echar un trago? Aún me queda un poco de *brandy* que compré al recoger la última cosecha buena. Hace ya tres años… Te juro que esta tierra ha sido tan ingrata que ya no me acuerdo ni de lo que es una buena recolección.

—Entraré otro día, Tom. El *sheriff* quiere que todo esté repartido antes de la noche, y el sol ya empieza a ponerse. No tengo tiempo para charlar, aunque me gustaría. El domingo quizá me dé una vuelta por aquí, si te parece.

—Tú siempre serás bien recibido, Nick.

El ayudante del *sheriff* extrajo de uno de sus bolsillos unos cuantos caramelos y los entregó al pequeño Bill. Siempre que pasaba por allí le traía alguna cosa. Bill se puso a dar saltos de contento y a tragarlos uno tras otro. En realidad lo que tenía el pequeño era hambre.

Nick le contempló con tristeza.

—Vamos a hacer una cosa, Tom —murmuró—. El domingo por la tarde me lo llevaré a merendar.

—Antes cazaba —dijo el granjero, tristemente—, pero ahora hasta los animales han emigrado de estas tierras tan secas. Creo que si esto sigue así, vamos a morirnos de hambre, Nick. Bueno, no quiero atormentarte con mis cosas. Hasta el domingo si puedes,

Nick.

El ayudante del *sheriff* hizo una seña a Bill, y éste le trajo inmediatamente su caballo. Luego, el pequeño le dio la mano como si fuese un verdadero hombre.

—Ya lo sabes, Nick. Si ves a ese bandido… ¡pum, pum!

—Sí, muchacho. ¡Pum, pum! La mar de fácil.

El ayudante del *sheriff* picó espuelas y desapareció. Tom se le quedó mirando pensativamente hasta que no fue más que un puntito en el horizonte.

Entonces regresó a la casa.

Estaba preocupado, tenía los hombros hundidos y había momentos en que parecía un viejo.

Una voz le llamó desde la puerta:

—¡En, Tom!

Aquella voz lo significaba todo para el ranchero, significaba la razón de su vida y el motivo por el cual soportaba todas las calamidades. No en vano su mujer, Ann, era la más bonita de toda la comarca.

Ann tenía veintiocho años, pero aparentaba menos. Había momentos en que parecía una chiquilla. El duro trabajo de la granja no la había envejecido, ni las calamidades tampoco. Siempre sonreía y siempre tenía una frase de aliento para Tom. A veces éste pensaba que no era posible que le hubiera correspondido en suerte una mujer tan maravillosa.

Ella hubiera podido tener joyas, dinero y halagos. Hubiera podido tenerlo todo y, sin embargo, estaba allí sometida a una vida durísima, soportándolo todo sin una queja.

Se acercó a él, secándose las manos en el delantal.

—¿Quién era, Tom?

—Nick, el ayudante del *sheriff*.

—¿No se ha quedado a cenar con nosotros?

—Sólo traía unos pasquines.

Ann echó hacia atrás sus hermosos cabellos rubios, mientras sus labios dibujaban una leve mueca de preocupación.

—¿Unos pasquines aquí? ¿Y para qué?

—Un reclamado se oculta por los bosques. Quiere que todos le reconozcamos en caso necesario y que estemos alerta.

—¡Qué tontería! Un reclamado nunca cometería la insensatez de

acercarse por aquí.

—Son cosas del *sheriff*.

Ann tomó el pasquín, lo desdobló y lo leyó. El nombre quedó grabado en su mente: «Dodge Lane». También aquel rostro, aquellos ojos penetrantes y duros que parecían mirarla.

Luego dejó el pasquín sobre la mesa.

—Anda, vamos a cenar, Tom.

La cena era muy sencilla. Consistía sólo en un poco de sopa y una patata asada. Nada más. Era una ración muy magra para un hombre y una mujer que trabajaban todo el día, y más magra aún para el pequeño Bill, que se estaba formando.

La terminaron en un momento. Tom no lograba arrancarse una arruga de preocupación de la frente, aquella arruga que había empezado a formarse apenas marchó Nick.

Ann adivinó qué preocupaciones eran las que le inquietaban. Sabía de sobra que sólo una cosa podía hacérselas olvidar, y era además lo único que estaba en su mano hacer.

—Vamos a dormir, Tom —susurró.

El pequeño arrojaba leña en la chimenea, algo lejos de allí. Las llamas arrancaban vivos colores a su piel tierna y a sus cabellos rubios, tan parecidos a los de su madre. Ésta le miró y pensó una vez más —lo había pensado un millón de veces— que daría la vida por él. Luego desvió sus ojos hacia Tom.

—Tengo ganas de estar contigo —musitó.

—Pobre Ann… Lo único que quieres es hacerme olvidar.

—¿Qué es lo que hemos de olvidar? ¿No somos felices?

El sonrió débilmente.

—Sí, en cierto modo quizá lo seamos… ¿Pero qué porvenir espera a Bill? ¿Y qué vida te hago llevar a ti? Si tuviese un poco de dinero sería distinto…

—¿Dinero? ¿Para qué?

—Compraría tierra buena más al oeste. Tierra fértil donde siempre hubiese agua.

—No pienses en eso, Tom. Es inútil atormentarse. Más valdría que recordaras aquel camisón tan bonito que me regalaste hace dos años.

—¿Qué ocurre con él?

—No lo he estrenado aún.

El comprendió. Sus ojos miraron con deseo la esbelta y tentadora figura de la mujer. Luego, la misma sonrisa triste volvió a flotar en sus labios.

—Lo estrenarás el día que llueva, Ann. Entonces habrá fiesta grande en casa.

—No, Tom, he de estrenarlo hoy. Es esta noche cuando hemos de acordarnos los dos de que somos jóvenes, tenemos salud y somos felices. Vamos, lleva al niño a la cama. El se duerme en seguida…

Media hora después, mientras besaba los cálidos y jugosos labios de su esposa, olvidó todos sus problemas. Siempre le maravillaba que ella fuera tan joven, tan bonita, que tuviese aquella piel tan seductoramente fina. Siempre le maravillaba aquel pequeño milagro de sus noches, de su amor, que le hacía tener la sensación de que su vida era distinta.

Tom, en esos momentos, lo olvidaba todo. Sólo sabía entonces que, como había dicho Ann, ambos eran jóvenes, estaban sanos y se sentían felices. Al fin y al cabo eso era la vida.

Una vida que nunca le había parecido tan maravillosa como en el instante en que se amaron, el instante en que los dos sufrieron un mismo estremecimiento.

* * *

—Estás preocupado, Tom.

La mano femenina le buscaba tiernamente en la oscuridad, sobre las ropas del lecho.

—No, no lo estoy.

—¿Crees que no te conozco? ¿Qué piensas?

El dijo con voz suave:

—Nunca había deseado matar a un hombre.

—¿Pero es que ahora lo deseas? —El cuerpo de la mujer se estremeció—. ¿Qué tontería estás diciendo, Tom?

—No es una tontería… Estaba recordando una frase de Nick.

—¿Te refieres a ese hombre?

—Sí.

—¿Dodge Lane?

—Sí.

Los dos hablaban susurrando, para no despertar al niño, que dormía en la habitación contigua.

—No pienses esas cosas, Tom. Por favor, no las pienses.

Pero Tom seguía con la mirada perdida y aquella misma arruga en la frente. Ella lo adivinaba, lo intuía a pesar de la oscuridad.

—El está en los bosques cercanos —dijo—. Al menos eso fue lo que aseguró Nick.

—Si es cierto, nadie podrá encontrarle allí.

—Nadie… excepto yo. Conozco esos bosques como la palma de mi mano. He jugado y he cazado en ellos desde que era un niño.

—Pero ¿qué idea se te ha metido en la cabeza? ¿Te das cuenta de lo que dices?

El dijo con voz lenta:

—Nunca he odiado a un hombre, Ann, Tú sabes que no. Y a ese Dodge Lane no le he visto nunca. Puede ser un asesino, pero a mí no me hizo nada. Lo olvidaría si no fuese por los cinco mil dólares. Eso me obsesiona, Ann. No sabes lo que una suma así significaría para nosotros y para nuestro hijo. Si lograra capturarlo, todo cambiaría. Al fin y al cabo, si no lo hago yo, otro lo hará. Todos los habitantes de la comarca tenemos ahora licencia para cazar a ese hombre.

La mano de Ann apretó la suya. Tom notó que temblaba. La muchacha tenía miedo.

—No hay motivo —susurró él—. Muchas veces he ido de caza durante cuatro o cinco días.

—Pero esto es distinto.

—¿Por qué?

—La pieza puede cazarte a ti.

—Tampoco he visto nunca cinco mil dólares —murmuró él—. Te prometo que esa cifra me obsesiona, Ann. Cinco mil dólares son mucho dinero. Y el peligro no resulta tan grave como crees. Dodge Lane no puede ser mejor tirador que yo; eso es imposible. ¿Recuerdas que yo ganaba todos los concursos de puntería? Y además me he entrenado cazando durante años y años. Los bosques son mi terreno y él no los conoce tan bien como yo. Definitivamente lo haré… Definitivamente, marcharé mañana por la mañana.

—Pero, Tom…

—Aquí no hay nada que hacer —insistió él—. Me paso el día mirando cómo mueren las plantaciones y los animales agonizan de sed. No hablemos más de ello, Ann, porque está decidido. Me

marcharé mañana.

Ella retiró la mano lentamente, muy lentamente, mientras todo su cuerpo se estremecía.

El no lo sabía, o simuló no saberlo.

Las lágrimas quemaban los ojos de la mujer. El fondo mismo de sus ojos.

CAPÍTULO II

La granja de Tom estaba lo bastante aislada para requerir una constante vigilancia, pero afortunadamente los forajidos no abundaban por allí. Además, los granjeros tenían un sistema de alarma para avisarse. Como las chimeneas estaban encendidas día y noche, bastaba un poco de luz para que pudieran hacerse señales de humo como las que empleaban los indios. Una manta sobre la chimenea bastaba para que la señal se viera a muchas millas a la redonda.

Nick, pese a su corta edad, ayudaba en las tareas rudas cuando no estaba su padre. Sacaba agua del pozo a punto de secarse, partía pequeños troncos para hacer leña y preparaba la comida para los pocos animales domésticos. Su madre, mientras tanto, realizaba las mil tareas necesarias en aquel destartalado hogar.

Las paredes de la fachada necesitaban una buena capa de pintura, y Ann pensó en hacer aquello mientras Tom estaba fuera. El no regresaría hasta transcurridos cuatro o cinco días. Se lo había prometido. «Si no encuentro a ese hombre, regresaré». Ann se dijo que quizá en ese tiempo podría pintar las tablas.

Cuando la primera noche cayó de nuevo sobre la granja, ella se sintió desesperadamente sola.

Aunque Tom salía a veces a cazar, ahora era distinto. La sensación de peligro llegó a hacerse insoportable para Ann. Quizá aquel forajido, Dodge Lane, mataría a Tom. Quizá él, que había salido a buscar cinco mil dólares, encontraría tan sólo cinco onzas de plomo.

El cielo se tiñó de un suave color violeta. Ann salió al porche, donde Bill debía estar dando de beber a sus tres caballos, y no vio al pequeño ni a los animales.

—¡Bill! —llamó—. ¡Bill!

Nadie le contestó.

Ann tuvo un raro presentimiento. De repente aquella soledad, aquel color violeta del crepúsculo, toda la tristeza que la rodeaba, pareció meterse por sus ojos.

Sintió que el corazón le hacía daño y que la ahogaba un terrible deseo de llorar.

—¡Bill! ¿Dónde estás, Bill?

La voz, lenta y opaca, surgió de entre las sombras.

—No se preocupe, señora. Está bien.

Ann miró hacia el punto de donde había surgido aquella voz, mientras sentía como si una aguja envenenada pinchara su cuello. No podía ni respirar Fue entonces cuando vio aquella silueta alta, recia, que la contemplaba desde un costado del porche.

No distinguía bien el rostro de aquel hombre, pero sin duda era un desconocido. Haciendo un esfuerzo musitó:

—¿Qué ha hecho con Bill?

—Le he indicado una zona donde había un poco de hierba fresca para los caballos. Creo que la necesitan.

—¿Quién es usted?

—Un forastero. Sólo un forastero.

—¿Y qué quiere?

—Un poco de comida.

—Eso no se le niega a nadie. Vamos, acérquese.

El hombre se acercó. A la luz incierta del farol que colgaba del porche, Ann pudo verle bien. Era muy alto y muy fuerte; su pecho era amplio, sus brazos se adivinaban atléticos; su cintura era estrecha, y sus piernas fuertes y largas. Llevaba pantalones tejanos, botas remetidas de media caña y chaqueta de piel de ante. No usaba sombrero, y eso permitía ver que tenía los cabellos rubios y que sus ojos eran quietos y profundos.

A Ann le pareció haber visto antes aquel rostro, pero no estaba segura.

—Acérquese más —susurró.

El se acercó. Intentó sonreír y mostrarse cordial.

—Siento haberla asustado —dijo—. He venido aquí porque es el único lugar donde se ve luz.

—Sí… Esta granja está muy aislada. ¿No pasa?

—Con mucho gusto. Supongo que su marido no tendrá ningún inconveniente.

Ella se mordió los labios. Estuvo tentada de decir una mentira, pero comprendió que sería inútil porque él averiguaría muy pronto que estaba sola.

—Mi marido ha salido a reunir unas reses —dijo, mintiendo a sabiendas—. No creo que tarde.

—Muy bien…

El entró en la casa, acompañado de la mujer. Entonces Ann pudo verle bien y se dio cuenta de que era muy joven; aún tenía menos años que Tom. Los cabellos rubios, rebeldes, le caían sobre la frente.

La sensación de que lo había visto antes se hizo más intensa en el espíritu de Ann. Y una sospecha febril, una sospecha en la que no quería creer, empezó a adueñarse de su ánimo.

¿Sería posible aquella jugarreta del destino? ¿Sería posible que…?

—Siéntese, por favor —dijo con voz trémula.

El tomó asiento en el largo banco que había delante de la sencilla mesa del comedor. Sobre ella estaba el pasquín doblado. Ann lo recogió disimuladamente, mientras retiraba también un par de humildes juguetes que Bill había puesto allí.

—En seguida le prepararé algo. Se habrá dado cuenta de que esta granja es pobre. Hay una terrible sequía.

—Todas las granjas de los contornos son pobres este año —dijo él—. Ya me he dado cuenta.

—De todos modos, puedo prepararle algo de carne. Mi marido ha salido de caza esta mañana.

Se volvió de espaldas a él, para trajinar en el fogón, que estaba en el mismo comedor. Entonces desplegó con disimulo el pasquín. Estuvo a punto de lanzar un grito.

Era el mismo hombre, no cabía duda. Era Dodge Lane. ¡Y estaba a solas con ella, en su propia casa!

Tembló perceptiblemente y el pedazo de papel cayó al suelo.

La voz del hombre llegó entonces, lenta y tranquila como antes:

—No he salido muy favorecido.

Ann se volvió, haciendo un terrible esfuerzo para que no le temblase la barbilla.

—¿Dice que no ha salido muy favorecido? ¿Dónde?

—En ese pasquín.

—No sé a qué se refiere… —Ann rió nerviosamente—. Ahora sí que no sé de qué me habla.

—Veo de sobra que me ha reconocido.

—Usted es Dodge Lane…

—Sí.

—Váyase de aquí… ¡Váyase inmediatamente!

El sonrió, mientras la miraba con extraña fijeza.

—No creí que los pasquines hubieran sido repartidos hasta por las granjas aisladas —murmuró—. Veo que han tomado más precauciones que nunca.

—¡Váyase!

—¿Por qué había de hacerlo?

—Mi marido vendrá en seguida. Es un excelente tirador y siempre va armado. Le matará si le encuentra aquí.

El paseó su mirada por la grande, pero humilde habitación. Como en todos los ranchos y todas las granjas, había un puesto para las armas. En esta ocasión se trataba de un simple colgador bajo el cual se notaba aún, en la pared, la señal algo más blanca dejada por el rifle que se había pasado allí colgado meses y meses. Pero ahora el rifle, el único que había en la casa, no estaba.

—¿Dice que su marido ha ido a reunir unas reses? —murmuró.

—Sí… Eso es.

—¿Y para una cosa así se ha llevado el rifle?

—Siempre lo hace.

—Es extraño… Más bien un arma larga dificulta los movimientos y, por consiguiente, el trabajo. Yo tengo la sensación de que ha ocurrido otra cosa muy distinta, muchacha.

—¡No me llame muchacha! ¡Soy una mujer casada!

—Pero no lo parece… Su juventud resulta simplemente maravillosa. Bueno, le estaba diciendo lo que ha hecho su marido. El ha visto que ofrecen cinco mil dólares por mi cabeza y ha pensado que conoce el bosque mejor que yo. Ha reflexionado y se ha dicho: «Le clavaré una bala entre ceja y ceja antes de que haya tenido tiempo de respirar». Luego, según él, no le quedaría más trabajo que traer mi cuerpo, tenderlo sobre esta misma mesa, llamar al *sheriff* y cobrar la pasta. Eso es lo que ha sucedido, hermanita. De modo que tu marido no vendrá hasta dentro de tres o cuatro días, y

cuando vuelva lo hará con el rabo entre piernas. ¿Lo he adivinado o no?

No hacía falta la respuesta de la mujer, porque su palidez era tan intensa que la delataba. Sus manos se sujetaron desesperadamente al borde de la mesa. Intentó contener las lágrimas mientras susurraba:

—No se quede aquí… Le encontrarán en seguida. El ayudante del *sheriff*, Nick, es muy amigo nuestro. Viene con frecuencia… Éste es el peor sitio donde podría pensar en ocultarse.

—¿Sí?

—Además, aquí no podría ni soñar en hacerse fuerte. Hay una mujer y un niño…

—Cierto —dijo él lentamente—. Hay una mujer.

Sus ojos recorrían lentamente las curvas de Ann, sus líneas poderosas, de mujer que ha nacido para la seducción. Ni siquiera aquellas ropas burdas y viejas lograban disimular la maravillosa hermosura de su cuerpo.

Ella ya no intentó disimular el temblor de sus labios.

—De momento, comer. Luego pasaré la noche aquí.

—No pretenderá…

—Yo no he dicho nada. Sólo que pasaré la noche aquí.

—Si trata de ponerme la mano encima, le mataré —jadeó ella—. Tengo mil recursos. Una mujer siempre sabe cómo hacer las cosas… ¡Aunque sea a traición! ¡Le juro que si me pone la mano encima será la última cosa que haga en su maldita vida!

—¿De veras?

—¡Si me toca le mataré! ¡Le mataré como a un perro! ¡Tal vez lo consiga por la fuerza, pero luego no saldrá vivo de esta casa!

—¿Y tu hijo? ¿Qué ocurrirá con tu hijo?

Ann sintió como si le hubieran dado un latigazo en pleno rostro. Tragó saliva espasmódicamente. ¡Dios santo, Bill!… Ella había hablado como si Bill no existiera. O quizá —el pensamiento fue tan terrible que le produjo vértigo— no existía ya.

—Dígame lo que ha hecho con el pequeño… —gimió—. ¡Bill nunca se ha alejado tanto de la casa! ¡Si hubiera hierba fresca para los caballos, él la habría encontrado sin ayuda de nadie! ¡Lo que me ha dicho es mentira, una mentira repugnante! ¿Dónde está Bill? ¿Qué ha hecho con él?

El hombre no contestó.

Los ojos de Dodge Lane seguían siendo imperturbables, profundos, terriblemente fríos.

Y de pronto ella adivinó la terrible verdad. Intuyó la salvaje conducta de un hombre que nunca dejaba testigos detrás suyo…

—¡Dios mío!… —gimió—. ¡Dios mío…!

Sus rodillas vacilaron y fue a caer a tierra, mientras la habitación entera daba vueltas en torno suyo. Pero en aquel momento se oyó en la puerta una voz:

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡He encontrado un sitio estupendo! ¡Hola, señor Lane!

Bill llegaba muy excitado. Sus mejillas estaban coloreadas a causa de una veloz carrera. Se sentó junto al pistolero, como si a ambos les uniera ya una gran confianza.

Lane le sonrió.

—Hola, Bill, muchacho.

Ann necesitó apoyarse en la pared. El corazón le hacía un daño espantoso que en el primer instante creyó sentir incluso la angustia de la muerte. Adivinó lo que deben sentir los que sufren un síncope. Se llevó la mano al pecho, mientras trataba de dominar sus latidos alocados.

Como si las voces sonaran muy lejos, oía lo que estaban hablando Dodge Lane y Bill.

—No lo entiendo —decía el pequeño—. ¡He pasado cien veces por allí y aquel sitio no lo había visto nunca!

—Porque no has sentido la curiosidad de trepar por aquellas rocas.

—Mamá no me dejaba —explicó Bill—. ¿Verdad que tú me decías que no subiese nunca, mamá?

Ann se volvió lentamente, sintiendo que se recuperaba.

—¿A las Rocas del Muerto?

—Sí.

—¿Por qué le llaman a aquello las Rocas del Muerto? —preguntó Dodge.

—Porque hace unos años un hombre murió allí, acribillado por las mordeduras de las serpientes. Ésa es la causa de que nunca dejáramos acercarse a Bill.

—Pues ahora no hay serpientes —explicó Dodge—, y la razón es

bien sencilla. Las inundaciones del año pasado debieron llevarse hasta las crías El sitio está limpio y en él ha crecido la hierba, porque las rocas forman como un embalse natural, que durante mucho tiempo conservó el agua. Y hay algo más, Bill —se volvió hacia el pequeño—. Yo estoy seguro de que al pie de esas rocas, y haciendo un hoyo no muy hondo, aparecería agua en abundancia. No para regar la tierra, pero sí para el ganado.

Ann y su marido habían sufrido mucho a causa de la escasez de agua. Por eso no pudo evitar preguntar:

—¿Cómo sabe eso?

—Ya le he dicho que en la cima debía haber una especie de embalse natural. Las aguas se han ido filtrando, pero el suelo, debajo de esa colina, es rocoso. Apostaría doble contra sencillo a que el líquido se ha almacenado allí.

Ann se volvió y puso con manos trémulas la parrilla sobre las brasas del hogar. Luego colocó sobre los hierros dos grandes pedazos de carne que en seguida empezaron a desprender un apetitoso aroma.

Bill rió.

—¡Caramba, mamá! ¡Pero si estás haciendo toda la carne que hay en casa!

—Tampoco podríamos guardarla.

—¿Se queda Dodge con nosotros?

—No, no se queda. Después de cenar se marchará.

Dijo aquello con voz trémula, sin volver la cabeza Y escucho a su espalda la respuesta tranquila del forajido:

—Estoy cansado después de muchas noches de no dormir en una verdadera cama. De modo que voy a quedarme.

Ann se volvió como si la hubiera picado una serpiente.

—¡En la casa, no hay nada más que dos camas! —gritó—. ¡La del niño y la mía!

—Es suficiente, ¿no? —susurró Dodge con frialdad.

—No, no es suficiente.

—Ya lo veremos más adelante.

Los hombros de Ann temblaron. El niño estaba allí, y no podía dejarle adivinar lo que el pistolero pretendía. Hubiera sido un golpe terrible para Bill, un golpe que le marcaría para toda la vida. Eso contando con que Dodge Lane no amenazara al pequeño para que

ella cediese…

Sirvió la carne. Puso un pedazo grande para Dodge y otro más pequeño para Bill.

—¿No comes tú, mamá? —preguntó éste.

—No tengo apetito.

—¡Huy, pues yo sí! ¡Yo tengo un hambre de lobo!

Bill creía que Dodge era un amigo, y por eso estaba más alegre que de costumbre. Comió en un santiamén. Dodge también comía, pero con lentitud, reflexivamente, sin dejar de mirar a la mujer.

Ésta sentía aquella mirada clavada en sus caderas rotundas, en la línea firme de sus senos y sus piernas.

Un frío terrible subía por ellas hasta su columna vertebral, hasta su mismo cerebro.

—Haré un poco de café.

Lo hizo y lo sirvió. Aquél era un lujo que Tom y ella sólo se permitían los domingos, pero ya no sabía qué hacer, para alargar aquella cena y evitar que llegase el temido momento. Por fin todo terminó. Ya no había más que ofrecer, y Dodge Lane seguía mirándola.

—Vas a acostarte —dijo.

Ann notó la pasión que vibraba en aquella voz. Desvió la cabeza para mirar al pequeño.

—Bill, tú te acostarás conmigo.

—¡Oh, sí, mamá!

—Puede usted emplear la cama del pequeño —dijo mirando a Dodge—. Es muy cómoda.

El apretó los labios. Parecía como si no hubiese esperado aquella reacción. Durante unos segundos —en los que Ann no pudo ni respirar— pareció meditar sobre sobrecogida, sabía que aquello podía significar muchas cosas, desde la renuncia por parte de Dodge hasta el asesinato del niño, para poder luego saciar sus instintos. Jamás había vivido un instante así, tan terrible y tan definitivo. Cuando vio que él se encogía de hombros, casi no pudo creerlo.

—Haremos un pacto, Bill —dijo Dodge.

—¿Qué pacto?

—Hoy duermes con tu madre, pero mañana no. Mañana dormirás en tu cama y yo en el granero.

Ann sabía lo que aquello significaba. Dodge Lane se iba a quedar

más tiempo, hasta que saciara sus bajos instintos. Y la noche siguiente no la pasaría entera en el granero, por supuesto. Cuando el niño durmiese, él iría al lecho vacío y Ann no se atrevería a gritar.

Se estremeció.

Por su mente pasó el terrible deseo de matarle aquella misma noche.

CAPÍTULO III

La luz del nuevo día entró alegremente por la ventana. Ann, que no había podido cerrar los ojos, sintió aquella caricia del sol en su rostro como si fuera un ultraje. Le parecía ahora que la vida era miserable, angustiosa y negra. Tenía la sensación de que no valía la pena seguir palpitando sobre la tierra.

Al menos una docena de veces, durante la noche, había estado tentada de levantarse en sigilo, tomar uno de los cuchillos de desollar de Tom y clavario hasta las cachas en el corazón de Dodge Lane. No pensaba en la recompensa, sino en salvar a Bill y salvarse ella misma. Pero no se atrevió porque sentía un miedo doble y contradictorio. Por un lado, el temor a cometer un asesinato, el matar a un hombre dormido, lo cual le parecía repugnante; por otro, el temor a que él estuviese preparado y entonces, al descubrir los propósitos de Ann, perdiera los estribos, precipitando los acontecimientos y convirtiéndola a ella en una mujer que ya no tendría más deseos de vivir.

En esta duda, había amanecido.

Bill se levantó de un brinco al sentir el sol en la cara. Iba a hacer un magnífico día. Se puso los pantalones y fue corriendo a la habitación contigua, donde dormía Dodge Lane.

—¡Eh, Dodge! ¡Dodge!

Se oyó la voz del pistolero.

—¿Qué pasa, muchacho?

—¡Me dijiste que excavaríamos un pozo!

—Claro que sí, Bill, pero antes hay que conseguir algo para desayunar. No queda nada en casa, ¿verdad?

—Nada.

—Pues estamos aviados…

Ann le oyó trajinar, arreglándose seguramente, y luego escuchó en el exterior de la casa el chirrido de la cuerda del pozo. Bill reía y bromeaba, porque normalmente recibían muy pocas visitas y aquella situación le parecía estupenda.

Los dos desaparecieron, no regresando hasta una hora más tarde. Dodge Lane traía un pato salvaje, cosa extraña, porque el marido de Ann, excelente cazador, no había logrado cobrar una de aquellas piezas desde que empezó la sequía. Lo entregó en silencio a la mujer para que lo preparase y Bill y él se fueron a marcar el pozo.

El desayuno fue extraordinario. Pocas veces Bill había comido tan bien. Y esta vez Ann, que se sentía muy débil, no tuvo más remedio que olvidar sus aprensiones y comer también.

Todo aquello le parecía irreal, y a veces tenía la sensación de estar viviendo un sueño, pero no podía negar que las cosas, por el momento, marchaban bastante mejor de lo que temió.

Los dos hombres —porque Bill ya se consideraba «una persona mayor»— fueron a trabajar al pozo. Ann se quedó sola en la casa.

Los pensamientos la torturaban, la llenaban de angustia.

Pensó en tomar un caballo e ir a la ciudad a avisar al *sheriff*, pero si él lo notaba huiría inmediatamente, llevándose tal vez al niño como rehén. Necesitaba encontrar algún procedimiento para pedir socorro sin moverse de la casa.

Y de pronto recordó.

¡La chimenea!

No había usado aquel método nunca, pero los vecinos podían pedirse auxilio mutuamente haciendo señales de humo. Cualquiera que las viese tenía obligación de ir, con armas y toda clase de ayuda, hacia el lugar de donde las señales brotasen. Éstas podían ser visibles a muchas millas de distancia, y las granjas se avisaban entonces unas a otras.

Ann no lo pensó más. Tomó una manta, se aseguró de que el fuego estaba bien encendido y trepó hasta el tejado de la casa.

De la chimenea surgía una bonita e ininterrumpida columna de humo.

Puso la manta encima y el flujo del humo quedó cortado. La retiró de pronto. Hizo aquello otras dos veces.

Y entonces sintió como una mano sujetaba uno de sus tobillos.

Se volvió de pronto, ahogando un gemido. Vio bajo ella, siguiendo la línea descendente del tejado, el corpulento cuerpo de Dodge Lane. Dodge la miraba con fijeza, y sin duda estaba cautivado por el panorama que se descubría debajo de la falda, ya que la postura de Ann, encaramada sobre el tejado, era muy poco académica. Vista desde abajo, debía enseñar bastantes más cosas de las que ella hubiese querido.

La voz de Dodge sonó ronca y espera.

—Tienes unas bonitas piernas…

—¡Déjeme! ¡Déjeme, cerdo!

El la dejó. Ann quedó arrinconada junto a la chimenea, con las piernas encogidas, sintiendo que su corazón latía como el de un pajarillo prisionero.

—¿Dónde está el niño? —balbució—. ¿Qué ha hecho con él?

—Pareces tener muy poca confianza en mí en ese aspecto —rió Dodge—. No he matado ningún niño hasta ahora.

—¿Pero dónde está?

—Trabajando en el pozo. Hasta ahora no hay agua, pero la tierra empieza a salir húmeda.

—Quiero ir con él…

—Ésa es una buena idea. De ahora en adelante no vas a separarte de nosotros, nena.

—¿Por qué?

—¿Crees que soy idiota? He estado vigilando la chimenea porque sabía que harías eso. Y en cuanto he visto la primera señal de humo, he venido hasta aquí. Pero la broma se ha acabado, muñeca. No pedirás auxilio nunca más.

Fue a sujetarla otra vez por el tobillo, tendiendo la mano Ella contrajo todo su cuerpo, para evitar que la tocase y no se dio cuenta de que perdía así su punto de equilibrio.

Exhaló un gemido al notar que resbalaba tejado abajo. Sus hermosas piernas quedaron por completo al aire. Pataleó. De pronto notó que unos brazos férreos la sujetaban. La sujetaban por completo, es decir, inmovilizando todo su cuerpo.

Quedó muy quieta junto a Dodge, porque si se movía seguiría cayendo. Una terrible debilidad se apoderó de ella. La sensación de que estaba prisionera, de que no tenía fuerzas ni para gritar. Todo su cuerpo estaba siendo recorrido por un estremecimiento helado;

ésa era su única señal de vida.
Vio los labios del hombre aproximándose a ella.
Seguía sin fuerzas para gemir.
Dodge la besó lentamente, pero, cosa extraña, con un cierto respeto. Sus manos no acariciaron el cuerpo casi, pero no tuvo la sensualidad ni el deseo que ella había esperado.
¿Hubo como una secreta decepción en las fibras más ocultas de su personalidad? ¿Pensó quizá que se había salvado de una ofensa, pero que en el fondo de su alma de mujer se había roto algo?
Lo cierto fue que no intentó defenderse. Exhaló un suspiro cuando él la soltó. Y lo único que se le ocurrió decir fue:
—Puede vernos el niño…
—Está a cierta distancia de aquí. No ha visto nada.
—Es que…
—Te ayudaré a bajar.
Notaba el cuerpo cálido, musculoso del hombre junto a su propio cuerpo. Y tembló otra vez.
—¿Qué piensas hacer conmigo?
—¿Qué es lo que quieres tú?
Ella se sintió como pinchada en un punto sensible, como si hubieran adivinado sus más secretos pensamientos. Silabeó:
—¡Suéltame, maldito!
El la ayudó a bajar. Los dos quedaron detenidos ante la casa, quietos, mirándose fijamente. El pecho de la mujer subía y bajaba. Sus ropas, ceñidas y desordenadas, parecían ir a estallar.
Y entonces él dijo aquella frase que en el primer momento le pareció increíble:
—En aquel tiempo no eras tan bonita.
—¿En aquel tiempo? ¿Cuándo?
—No hace tantos años. Justo once meses antes de casarte. Cuando siendo una chiquilla actuabas en aquel saloon.
Ann cerró un momento los ojos, mientras el bandazo de sus recuerdos parecía golpearla en pleno rostro. Retrocedió un paso y se apoyó en la fachada de la casa.
—¿Cómo sabes eso? —murmuró.
—Yo te vi una vez, una sola vez.
Ann se pasó una mano por la frente.
—Parece como si hiciera siglos de todo aquello…

—Todos decían que eras una belleza y que tenías grandes posibilidades. ¡Y además tan joven! Hubieras podido ganar dinero, llegar incluso a los mejores teatros de San Francisco. ¿Por qué te casaste? ¿Por qué eres hoy la esposa de un granjero?

—Quería salir de aquel ambiente.

—¿Te repugnaba?

—Mis padres habían muerto un año antes. Necesitaba ganarme la vida de algún modo y…, y pensé que tal vez pudiera cantar. Creí que para librarme de las peticiones de algunos atrevidos me bastaría con mover negativamente la cabeza. Pero no conocía el ambiente salvaje que rodeaba los saloons en según qué lugares. Hay pistoleros y hombres ricos que les contratan. Hay gente a la que no puedes decir que no.

El se había distanciado un paso. Echó a andar hacia la esquina de la casa y luego regresó pensativamente. De pronto, Ann se dio cuenta de que no le tenía miedo; resultaba extraño todo aquello. Era como una sombra que hubiese surgido de su pasado. Todos los temores se habían disipado y, en cambio, Dodge Lane era en estos momentos como un viejo amigo que le hablase de sus recuerdos.

La miró, desde unas yardas de distancia, y preguntó:

—¿Intentaron algo contra ti?

—Sí.

—¿Quién?

—¿Conoces a Barton?

Dodge asintió pensativamente.

—Es un hombre muy rico…

—También lo era entonces, hace unos años. Tenía pistoleros y gente a sueldo que le obedecían ciegamente. La, tercera noche de mi estancia en el saloon, me dijo que debía ir a visitarle a su casa y que me convenía aceptar. Como no fui, me envió sus pistoleros pasada la medianoche. Eran tres. Recuerdo que me arrinconaron en una pared, me arrancaron la tela a jirones y me golpearon hasta dejarme marcada, según ellos, para toda la vida. No sé cómo pude saltar por una ventana y huir. Estaba segura de que no llegaría a ver el próximo amanecer.

Unió un momento las manos, como atormentada por sus recuerdos, y continuó:

—No sé cuántas horas corrí por los campos, bajo la noche, con

mi cuerpo ensangrentado y mis vestidos hechos trizas. Aquellos hombres me perseguían a caballo, pero en la oscuridad perdieron mi rastro. Sé que subí colinas, atravesé dos ríos, me perdí en un bosque… De repente, al amanecer, caí desfallecida sobre un prado verde. Recordaré toda la vida aquello, aquellos rayos de sol filtrándose entre los árboles y resbalando por el tejado de la casa. —La señaló tristemente—. Era esta misma casa. Tom la había construido con sus propias manos, y entonces era nueva. No sé por qué, pero me puse a llorar. Me parecía recordar mi infancia, la vida sencilla y pura de otros años. Este prado y esta casa eran como volver a la paz… De pronto vi un hombre muy joven que se acercaba a mí. No hizo más que acariciarme los cabellos y darme un poco de agua. No hizo nada más. Y yo le agradecí sin palabras que no me preguntara nada, que respetase mi dolor y mi miedo. Ese hombre era Tom.

Volvió la cabeza. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas. No supo por qué, pero le dio vergüenza que él, Dodge Lane, el forajido reclamado la viese llorar.

Dodge no la miraba. Después de unos instantes, en los que ambos oyeron tan sólo el ritmo de sus propias respiraciones agitadas, susurró:

—¿Desde entonces estás aquí?

—Desde entonces. Nunca me he alejado ni a diez millas. Me da miedo el mundo lejos de esta casa.

—Y os casasteis y tuvisteis a Bill.

—Bill es la razón de mi vida.

—Supongo que esta granja, antes, era próspera —le dijo él.

—Sí, y los tres teníamos lo necesario. Pero hubo un año de inundaciones y otro de sequía; no sé ya qué es peor. Y pienso a veces que nunca saldremos adelante.

Reaccionó de pronto. Echó la cabeza hacia atrás.

—¿Pero por qué te cuento esto? Tú no eres más que un maldito pistolero reclamado.

—Eso es cierto.

Ann volvió a hundir la cabeza, desalentada.

—Veo que me conoces mejor de lo que creía… Me viste en aquel saloon y desde el primer momento, al entrar en esta casa, supiste quién era. Bueno, eso me avergüenza, pero no cambia las cosas.

Debes marcharte de aquí, Dodge. Debes irte si hay una pizca de decencia en tu alma.

El no contestó en el primer momento. Introdujo las manos en los bolsillos y caminó todavía unos pasos más. De pronto volvió la cabeza hacia ella. Parecía como si fuese a contestar.

Pero oyeron el batir de los cascos de un caballo sobre la tierra seca. Normalmente no hubieran oído aquel sonido hasta que el jinete estuviera cerca, pero ahora, a causa de la espantosa sequía, toda la llanura vibraba como la piel de un tambor.

—Alguien se acerca… —balbució Ann.

Dodge no se movió.

—Puede ser Nick, el ayudante del *sheriff*. Viene con frecuencia por aquí. ¡Huye!

—¿Por qué? ¿No quieres cobrar los cinco mil dólares?

—Sólo quiero que mi marido regrese y poder vivir en paz. ¡Pero ocurrirá algo terrible si te ven! ¡Al menos escóndete!

El no respondió.

Dobló la esquina de la casa y desapareció en cuestión de segundos.

Era tiempo, porque el jinete estaba llegando ya, y un poco después hubiera visto al forastero. Ann lanzó un suspiro de alivio al ver que no se trataba del ayudante del *sheriff*.

El viejo Tucker venía allí de vez en cuando. Era un borrachín empedernido, pero una excelente persona. Como sabía todo lo que ocurría en la comarca, quizá se había enterado de que Tom estaba fuera, y venía a saber si necesitaban alguna cosa.

Ann le tenía simpatía, pero le molestaba un poco su presencia porque siempre estaba hablando, delante del pequeño Bill, de que no había nada mejor que el *whisky*. Y además, a sus años presumía de ser el que mejor trepaba a los árboles, en lo cual quería que le imitase Bill. Cualquier día se iban a romper los dos la cabeza.

Tucker descabalgó y la saludó con su risita cas cada.

—¿Qué? Sólita, ¿eh?

—Ya lo ve, Tucker.

—Tu marido no sabe lo que tiene en casa. Si yo fuera joven… ¡Si yo fuera joven ya andaría él más listo, ya!

—¿A qué ha venido, Tucker?

—Caramba, pues a veros… Te encuentro rara. ¿Qué te sucede

hoy?

—No es nada… Sólo tengo dolor de cabeza. —Estupendo—. ¿Por qué estupendo? —Porque aquí traigo algo que te lo curará. El viejo Tucker abrió el paquete que llevaba bajo el brazo y mostró una botella de *whisky*.

—Es para ti y para Bill. El *whisky* hace que los chicos crezcan estupendos. Eso y el subir a los árboles.

Ann no contestó, pero debió poner una cara muy rara. El viejo Tucker, ya algo más desanimado, siguió abriendo el paquete.

—También he traído un queso. No es para ti, ¿eh? Es para Bill. Ya sé que tú no me aceptas nada.

Ella parpadeó.

Sabía que el viejo Tucker quería mucho a Bill, y que debía estar sufriendo al saber que pasaba hambre. Por eso lo aceptó.

—Gracias, Tucker.

—No hay de qué, mujer, no hay de qué… ¡Ah! También te traigo una noticia.

—¿De Tom?

—No, de ese forajido. De Dodge Lane.

Ann se estremeció. Hubo de hacer un esfuerzo terrible para que el viejo no lo notara.

—¿Qué ocurre con él? —balbució.

—Por todas partes se han formado patrullas de voluntarios. Le persigue incluso gente que no es de esta tierra.

—¿Por qué?

—Por los cinco mil dólares, muchacha… ¡Tú también tienes cada pregunta! Precisamente un grupo de cuatro hombres viene ahora hacia aquí. Es posible que te pregunten si le has visto.

—No he visto nada —dijo Ann midiendo sus palabras, porque sabía que Dodge debía estar oyéndola—. Lo único que yo quiero es que me dejen en paz, y que Tom vuelva pronto.

El viejo Tucker rió con su risita cascada.

—Pero Tom también ha salido, ¿eh? Y ésos que vienen son iguales que él, con la única diferencia de que actúan en grupo. Bueno, Ann, me marcho. He de hacer bastantes cosas aún. ¿Dónde está Bill?

—Trabajando… Trabajando en un pozo.

—¿En un pozo? ¡Pero si no hay agua en cien millas a la

redonda!

—Son cosas de los críos.

—Pues no dejes que las haga. ¡La salud se consigue subiendo árboles, no hundiéndose en los pozos! Por cierto… Espera.

Con una agilidad increíble para sus años, trepó a la copa del más cercano árbol. Luego oteó el horizonte.

—Ya veo a Bill —gritó—. Está de tierra hasta el cuello. ¡Y cómo trabaja, el condenado! ¡Lo que es esta noche ya puedes darle una buena ración de *whisky*, porque el chico se la ha ganado! ¡Ah! También veo a los cuatro hombres.

—¿Los que buscan a Dodge Lane? —Los mismos. Y están muy cerca. El viejo Tucker descendió y volvió a montar en su caballo.

—Bueno, Ann, otro rato veré a Bill. Ahora tengo mucho quehacer aún. Cuando aparezcan esos buscones les dices que no sabes nada y les deseas suerte. ¡Hasta pronto!

Hizo un saludo y se alejó.

Ann se llevó rápidamente la mano al pecho. Cuatro jinetes armados llegaban
para’ buscar
a Dodge Lane. ¡Y Dodge Lane estaba en la casa!

Seguramente habría tiroteo… Lo único consolador era el hecho de que el pequeño Bill se encontraba lejos.

La mujer trató de rodear la casa, buscando al pistolero, para advertirle que huyese, pero se dio cuenta de que ya era demasiado tarde. Cuatro jinetes estaban llegando al trote largo. Podían verla, como ella les había visto ya.

Se detuvo quieta, porque si sospechaban aún podía ser mucho peor.

Los cuatro jinetes se detuvieron a unos pasos. Eran jóvenes, y Ann no recordaba haberles visto jamás. «Gente de lejos», como había dicho el viejo Tucker. Los cuatro tenían los ojos pequeños y sonrieron de una forma extraña al verla.

Uno de ellos se quitó levemente el sombrero.

—Buenos días, señora.

—Hola. ¿Quiénes son ustedes?

—Venimos buscando a un tal Dodge Lane. Nos informó el *sheriff* que debe estar por esta zona.

—Eso es lo mismo que sabemos todos. Pero nadie le ha visto

aún.

—¿Dónde está su marido?

Ann se estremeció. ¡Si ahora dijera la verdad, si ahora gritara que el fugitivo se encontraba allí!… Pero no se atrevió.

—Yo tampoco le he visto —dijo con un soplo de voz.

—¿Dónde está su marido?

—Ha ido a reunir unas reses. Vendrá muy pronto.

No sabía por qué, desconfiaba de aquellos hombres. Eran simples aventureros que se movían por el impulso de los cinco mil dólares y por nada más. No había el menor idealismo en sus ojos.

Claro que Tom había hecho lo mismo, pero él tenía un hijo que sufría hambre. Era distinto.

El mismo que había hablado antes preguntó:

—Supongo que no tendrá inconveniente en que nos quedemos a comer en la casa.

—¿Por qué aquí precisamente?

El hombre señaló el pozo.

—Es el único sitio donde hemos encontrado agua.

—Está bien… Háganlo, pero dense prisa. Mi marido puede llegar de un momento a otro, y encontrarles aquí no le gustaría…

Los cuatro descabalgaron, mientras lanzaban una carcajada a la vez.

—Desde luego… ¡A una mujer como tú debería vigilarla más!

—¡Mira que encontrar una princesa de tu categoría en esta granja del diablo!

—Podrías comer algo con nosotros. Estás llenita, pero quizá un quilo de más te vendría bien.

Ann les vio entrar en la casa.

Estaba literalmente aterrorizada. No tenía experiencia directa de aquellas cosas, pero su instinto le dijo qué era lo que aquellos hombres pensaban. Y cuando vio que entre sus provisiones figuraban cuatro botellas de vino —lo cual demostraba que el agua del pozo les importaba un comino—, su angustia creció.

—Iré a sacar agua —dijo de todos modos, intentando escabullirse.

—Tú quédate aquí, preciosa.

—Lo que quieres es largarte, ¿eh?

—Nanay, hermanita.

—A ver, siéntate con nosotros. ¿Sabes que ese vestido que llevas es una monada?

Ann tragó saliva lentamente.

—¿Sí? —balbució.

—Sí —gritó uno de ellos—. ¡Una monada, pero no me gusta!

Su derecha voló al encuentro del escote del vestido de Ann y lo rasgó de arriba abajo.

La ropa interior de la mujer quedó al descubierto. También su piel fina, joven, palpitante.

Se dio cuenta instantáneamente de que algo había cambiado en el clima de la habitación.

Los cuatro hombres se habían puesto en pie y la miraban como obsesionados. Sus respiraciones eran lentas y silbantes. Los ojos de todos ellos estaban fijos en el mismo espacio de piel desnuda de Ann.

Lo que hasta entonces habían sido provocaciones, se transformó en un deseo oscuro y concreto. Ann pensó, con horror, que no podría defenderse de los cuatro a la vez.

Y ellos se sentían muy seguros. Sabían que estaban ante una mujer sola.

—Valdrá la pena ser el primero —dijo uno de ellos, torvamente.

Los otros le miraron.

—¿Qué sugieres?

—Saca los dados, Joe.

El así llamado lanzó una carcajada.

—¿Gana el de la puntuación más alta?

—Ajá.

Ann estaba tan aterrorizada que no podía ni moverse. Vio que los dados caían cuatro veces sobre la mesa, mientras sus dueños los contemplaban con expresiones ansiosas. Al fin fue Joe el que obtuvo la puntuación más alta: once puntos.

Se volvió hacia Ann, mientras sus labios dibujaban una torva sonrisa.

—Has tenido suerte, nena.

—¿Po… por qué?

—Porque de lo que haga yo sí que te darás cuenta. De los otros ya no. Y yo soy un hombre muy guapo; por eso valdrá la pena. Y soy también muy simpático.

Añadió con una carcajada:

—¿No ves que me río siempre?

—¡Canalla! —masculló Ann—. ¡Cerdo repugnante!

Trató de ganar la puerta, pero la manaza derecha de Joe la sujetó por la espalda. Ahora le rasgó la falda, dejando al descubierto las piernas semidesnudas, en las que resaltaba el brillo quieto de las medias.

—Para ser una campesina vistes maravillosamente bien —jadeó el hombre—. ¡Y qué fina eres, maldita!… ¡Cuántas millonadas no tienen unas piernas tan hermosas y una piel tan tersa! ¡Ven aquí, condenada! Ven a que Joe te demuestre lo buen chico que es.

De un zarpazo, la derribó al suelo. Los otros tres hombres aullaron mientras Joe, salvajemente, tiraba de sus ropas y las reducía a pedazos. Ann gimió, suplicó piedad mientras aquellas manos ansiosas buscaban su cuerpo.

Y entonces se oyó una voz tranquila, lenta, ominosa, en la puerta de la casa.

La voz de un verdugo que desea informarse de si el condenado quiere el lazo a la derecha, o a la izquierda.

—No me habéis tenido en cuenta a la hora de jugar a los dados —dijo lentamente aquella voz—. Y como voy a ganar yo, creo que me corresponde la chica, ¿no?

Todos se volvieron. Todos tenían la misma expresión de asombro reflejada en el rostro.

CAPÍTULO IV

Ann no tuvo sorpresa al ver allí a Dodge Lane, pues sabía que sólo él podía auxiliarle en una circunstancia así, ya que era el único que se hallaba cerca de la casa. Pero en los ojos de los cuatro canallas se retrató tal asombro, que por poco caen de espaldas. Y ninguno de ellos se atrevió a tocar su revólver, porque Dodge Lane les estaba encañonando ya.

El reclamado avanzó hacia la mesa, donde reposaban los dados, sin dejar de apuntarlos.

Joe emitió una especie de ronquido. Fue el primero en recobrar la voz.

—¡Dodge Lane! —mascullo—. ¡Es imposible!

—¡Estaba viviendo con esa mujer!

—¡Esa zorra…!

Dodge no contestó. Mientras con una mano les apuntaba, con la otra hizo oscilar los dados.

—Atención —murmuró.

Los lanzó y obtuvo doce puntos. Los ojos de los cuatro canallas se abrieron mucho por la sorpresa.

—Ya ves que la chica es mía —dijo con tranquilidad—. La he ganado legalmente.

—Es absurdo… —farfulló Joe—. No se obtiene una tirada así por las buenas…

—Tú sabes que sí —susurró Dodge—. Los dados que empleas están lastrados, y yo he trabajado algún tiempo como tahúr en una sala de juego. Estas trampitas a mí me dan frío, muchacho. Y me ponen de mal humor. Por eso vas a hacer una cosa.

Pese a ser cuatro contra uno, la sorpresa no les dejaba reaccionar. Estaban anonadados. —¿Qué?— farfulló Joe. —Haz una

tirada—. ¿Para qué? —Tú hazla.

Joe tomó los dados con su derecha temblorosa y los arrojó. Obtuvo doce.

—Sabes tirarlos bien… —elogió Dodge—. Bueno, tú has ganado.

—He ganado, ¿qué?

—La primera bala.

Joe sintió que la boca se le abría sola.

—Vas a «sacar» —dijo la voz de Dodge—. La fiesta va a empezar contigo. Vas a «sacar»… ¡ahora!

Joe llevó la derecha a la funda. Logró tocar el revólver, pero no pudo hacer más.

Dodge había realizado en fracciones de segundo un par de movimientos increíbles.

Dejó caer el revólver a la funda, y luego lo «sacó» otra vez, justo cuando el primer enemigo tocaba la culata. Un solo disparo sonó en el silencio de la habitación. Joe lanzó un rugido, mientras se llevaba las manos al corazón, atravesado limpiamente.

Los otros no se habían atrevido ni a moverse. Ann, en el suelo, miraba aquello como hipnotizada.

Dodge dejó caer el revólver otra vez al interior de la funda. Miró al hombre que tenía más cerca.

—¿Tú cómo te llamas?

—Robert.

—Muy bien, Robert, hermanito. Prueba suerte.

—¿Es que… he de tirar?

—Pues claro, muchacho, pues claro…

La mano de Robert lanzó los dados con angustia, como si fueran huevos de serpiente. La puntuación que obtuvo también fue lastimosa; un dos entre ambos dados. Menos ya no podía ser.

—Tienes buena suerte —susurró Dodge—. Vivirás un ratito más.

—¿Qué quiere… decir?

—¿Cómo se llama ése con cara de perro? Ese que está a tu lado.

—Ji… Jim.

—Que tire él.

Pese a ser tres contra uno, a ninguno se le ocurrió moverse. La fama de Dodge Lane les mantenía en esa quietud que sólo da el horror.

Jim tomó los dados. Los lanzó.

—Un siete —dijo Dodge—. Tienes peor suerte que tu amigo. Vamos a ver si resultas más rápido que el otro.

Jim lanzó un grito.

Se daba cuenta de que iba a morir, de que su vida sólo dependía ahora de un movimiento rápido. Trató de sacar el revólver, y cuando tocaba la culata sintió la primera bala penetrándole en el vientre. Su rostro se contrajo de dolor, pero eso duró un brevísimo instante. Porque una segunda bala le voló la cabeza.

Los otros dos que quedaban vivos se movieron ahora con la energía de la desesperación.

Trataron de «sacar», pero no contaron con que Dodge tenía el revólver ya en la mano. Robert recibió un plomo en plena cara, y ésta saltó hecha pedazos. El otro, ante el horrible espectáculo, chilló igual que una mujer, sin atreverse a sacar del todo su arma.

La voz helada de Dodge dominó los ecos del disparo.

—¿Cómo te llamas tú, pocholo?

—Karl…

—Bueno, Karl, tú serás el último. «Saca»…

La voz era casi dulce. Era como una invitación sin importancia. Karl se estremeció.

—No puedo hacerlo… —gimió—. No puedo hacerlo…

—Pobrecillo. Pero podías hacer «lo otro».

—Yo… ¡Yo no quería!

—Estás llorando como una mujer, Karl… Vamos, mueve tu manita derecha. ¡Es tan sencillo, muchacho!

Karl giró, tratando de «sacar» de costado y sorprender a su enemigo. Ése movió los dedos y pareció como si el «Colt» surgiera otra ver de ellos. Dos llamaradas anaranjadas se encendieron en la habitación. Karl cayó hacia atrás, gorgoteando, con el cuello atravesado y la yugular rota por dos sitios.

Luego Dodge Lane guardó el revólver.

Un espeso olor a pólvora flotaba en la habitación.

Miró a Ann y vio que ella estaba a punto de desmayarse. Se sostenía a duras penas sobre sus codos, en el suelo. Trataba de hablar, de decir algo, y no podía.

Dodge descorchó la botella de *whisky* que había traído el viejo Tucker.

—Esta vez te hace falta —susurró—. Buen tipejo el viejo Tucker.

Tiene grandes ideas…

CAPÍTULO V

Cuando ella hubo bebido dos ansiosos tragos, tosió y se volvió de espaldas para no ver los muertos. Hubiera querido cubrir también su semi desnudez, pero era inútil. Su vestido no era más que un conjunto de jirones desordenados.

Dodge sacó en silencio los cadáveres fuera de la casa. Luego volvió a penetrar en ella.

—Necesitaré agua —murmuró.

—¿Pa… para qué?

—He de limpiar la sangre.

Ann comprendió lentamente. Hasta aquella cosa tan clara tardó en penetrar en su cerebro. Hizo un gesto señalando un cubo muy grande, de madera.

—Puedes… sacarla del pozo.

Dodge salió.

Durante largo rato estuvo trabajando en silencio, yendo y viniendo con el recipiente de agua, hasta que ya no quedó huella de sangre en el interior de la casa. La que los cadáveres habían dejado fuera, al sacarlos, la cubrió con tierra. Pronto no quedaron allí huellas de lo que había sucedido, excepto los muertos.

Dodge musitó:

—Necesitaré una pala. ¿Hay algún terreno arenoso por aquí cerca?

Ann ya se había recuperado en parte, pero sentía vértigo. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para contestar.

—Los terrenos arenosos abundan ahora en cualquier parte… Todo está espantosamente seco…

—Dame una pala, por favor.

—El niño y tú os habéis llevado dos. No sé si tendré otra.

Pero al cabo de unos instantes encontró la herramienta pedida. Dodge Lane encontró una zona avene y blanda cerca de la casa, y empezó a abrir una amplia fosa. Ella se acercó silenciosamente, con los ojos turbios. Durante más de una hora le vio trabajar, vio aquel poderoso tronco que se cubría de sudor.

De pronto él hizo un gesto muy raro.

Soltó la pala y cayó de rodillas, apoyándose en el borde de la fosa. Durante algunos instantes ocultó e rostro, respirando lenta y pesarosamente.

Ann se acercó a él.

—¿Qué te sucede? Te has cansado demasiado talvez… ¿Quieres que te ayude? También yo he tenido que manejar la pala muchas veces.

El alzó la cabeza. Ann notó que las gotas de sudor que cubrían su rostro eran gotas de sudor helado.

—¿Qué tienes, Dodge? ¿Quieres que te ayude a volver a la casa?

—No es nada… Un mareo.

—Descansa un rato… Ya haremos eso más tarde.

—No… —Él movió la cabeza de un lado a otro, obstinadamente —. Hay que terminar esto cuanto antes. Tengo miedo de que Bill vuelva de un momento a otro. Debe haber oído los disparos y seguramente piensa que he estado cazando, pero se extrañará si tardo tanto. Ya ha pasado todo, de verdad… Era un mareo simplemente.

Ella le miró, sin estar convencida del todo.

¿Qué le ocurría a aquel hombre que, por otra parte, era una especie de Hércules? ¿En qué consistía su misteriosa debilidad?

Cuando él arrastraba los cadáveres, se fijó con más atención en su pecho.

—Tienes dos cicatrices de bala… —musitó.

—Sí, pero son ya antiguas. Recuerdos que a uno le va dejando la vida.

Colocó los cadáveres en el fondo de la fosa y luego los fue cubriendo con arena. Una vez alisada ésta, perdió todo rastro de los cuatro hombres que habían querido ultrajar a Ann. Para que los coyotes no los desenterraran por la noche, cogió unas pocas piedras que quedaron allí dispersas como por casualidad, pero en realidad cubriendo el lugar donde estaban los cuatro cuerpos.

Luego Dodge avanzó lentamente hacia el pozo. No parecía el mismo; daba la sensación de haber envejecido en unos pocos instantes. Extrajo un cubo de agua, se lo derramó sobre la cabeza y pecho, y luego e secó con un paño limpio que le ofrecía Ann.

Entró en la casa abrochándose la camisa.

Se sentó. Sus ojos estaban perdidos en la lejanía. Parecía no ver a la mujer, que se había sentado frente a él y que le dirigía una mirada indescifrable y turbia.

El silencio que medió entre los dos fue muy largo. Parecían no tener nada que decirse, cuando en realidad cada gesto de sus manos, cada movimiento de sus ojos era como una palabra. Al fin fue ella la que rompió el pertinaz silencio.

—No debiste hacer eso —musitó.

—¿Por qué no? ¿Iba a dejar que te ultrajasen?

—Ahora saben que estás aquí. Todos tus planes para huir habrán fracasado.

—No —dijo él amargamente—, nadie sabe que estoy aquí. Todos han muerto. Todos tendrán la cortesía de no decir nada a nadie.

—Pero alguien puede haber oído los disparos.

—Creerán que se trataba de un cazador. De alguien que perseguía alguna pieza para no morirse de hambre.

—De todos modos… eran cuatro contra uno.

Dodge sonrió pesadamente.

—El miedo lo tengo ahora. Te juro que entonces no lo pensé.

—Dodge…

—¿Qué, Ann?

La voz de la mujer había sido susurrante. Parecía latir un oculto mundo de promesas en cada una de sus inflexiones.

El repitió:

—¿Qué, Ann?

Yo te agradezco mucho lo que has hecho. Dodge.

Creo que nunca podre pagártelo. Pero hay una cosa que quede muy clara entre nosotros dos.

La imagino.

—Yo nunca podré quererte, Dodge. —Era justamente eso lo que estaba pensando.

—Mi marido se llama Tom. No hay en la casa ningún retrato suyo, pero me gustaría que le conocieses. Alto, fuerte, trabajador y

noble. Ha salido a buscarte porque teme que su hijo y yo muramos de hambre, y si te encontrase cara a cara y con un arma en las manos es posible que te matara. Pero si tú estuvieras herido y le pidieses ayuda, te la prestaría; en realidad hasta es posible que llegarais a ser amigos los dos. Tom es el hombre más noble y honrado que he conocido.

—Tiene que ser así, puesto que se ha casado contigo y tú le quieres. Una mujer como tú no ama a cualquiera.

Ella cerró un momento los ojos. —Yo quiero a Tom— susurró, como en una plegaria—. Nunca le seré infiel. Lo que tú has hecho hoy por mí merece cualquier premio menos el de mi infidelidad, Dodge. Si por un momento piensas que llegare a ser tuya, debes alejar esa idea de tu cabeza. Y sin embargo…

Había abierto los ojos. Le miraba fijamente, intensamente ahora.

—Sin embargo, ¿qué?

—Cuando me besaste arriba, en el tejado… Es vergonzoso, pero por un instante me sentí feliz. Incluso, cuando me soltaste, la voz del desengaño pareció brotar de mis pensamientos más secretos: «No le gusto bastante, no está loco por mí». Nunca he sido tan sincera con un hombre, Dodge, ni siquiera con mi propio esposo. Te prometo que me hubiera emocionado ser amada intensamente por ti. Pero el sentimiento de mi deber es más fuerte que todo. No, Dodge, nunca haré traición a Tom. Quiero poder mirarle a él a la cara y, sobre todo, mirar a la cara de mi hijo.

Dodge asintió con un leve movimiento de cabeza. Sus labios dibujaban una sonrisa casi imperceptible.

—Cuando te vi, yo llevaba meses sin acercarme a una mujer, Ann —susurró al cabo de unos instantes de silencio—. Creo que cuando te vi pensé que te necesitaba y que estaba dispuesto a cualquier cosa por conseguirte. Pero entonces tropecé con la mirada de tus ojos, Ann. Me di cuenta de que eras una mujer distinta.

Con voz amarga añadió:

—Nunca temas nada, Ann. Jamás me atreveré a ponerte la mano encima. Y me iré en seguida, me iré antes de que vuelva Tom.

En aquel momento se oyó una voz en la puerta. Era la enojada voz de Bill, que se había acercado silenciosamente.

—¡En, Dodge! ¿Pero de ese modo trabajas? ¡Ya es verdadero barro lo que hay en el fondo del pozo! ¡Va a salir agua de un

momento a otro!

Dodge se puso en pie de un salto.

—¿De veras?

—¡Y tan de veras! ¡Vamos a tener tanta agua como queramos para el ganado! ¡Y para cultivar un pequeño huerto! ¡Papá se va a volver loco de alegría!

—¡Pues vamos allá, muchacho! ¡Hay que acabarlo todo hoy mismo!

Ann se puso también en pie. El corazón le latía locamente, porque sabía lo que aquello significaba para él.

—Dodge —susurró—, ¿cómo pudiste saber que allí había agua?

—No siempre he sido un pistolero… —murmuró él—. Desde niño he trabajado la tierra. Y ahora, vamos. Hay que ahondar para que el agua surja y se vaya sedimentando. Queda mucho trabajo todavía.

CAPÍTULO VI

Dodge oía el canto de los grillos. Incluso en la tierra seca y áspera, ellos lanzaban su sonido monocorde, pero lleno de vida. La luna había surgido ya por encima de las colinas, y todo el paisaje estaba bañado por una luz plateada. Hacía una maravillosa noche, y ni siquiera el viento fresco del Norte soplaba sobre las llanuras aquella vez.

El pistolero, con un tallo de hierba entre sus labios, contemplaba las estrellas.

A su lado estaba Ann, tendida sobre la hierba. El pequeño Bill, a unos pasos, hacía sonar torpemente una armónica que no lograba apagar el canto de los grillos.

Hacía ya veinticuatro horas que el pozo estaba abierto. Manaba tanta agua que, por mucha que gastaran, se reponía en seguida. No era como el otro, el que estaba junto a la casa y que corría el peligro de secarse si se sacaban de él más de cuatro o cinco cubos al día. Ahora no sólo podrían mantener el ganado, sino también regar. Era para ellos una esperanza de salvación.

Ann pareció adivinar los pensamientos de los tres cuando susurró:

—Ha sido como un pequeño milagro.

—No —dijo Dodge—, sólo un parche. Ese pozo se agotará también dentro de tres meses como máximo. Para que vuestra granja pudiera considerarse salvada haría falta un buen chaparrón.

Bill lanzó un silbido.

—Muchacho, yo entiendo de eso… —dijo, haciéndose el grande —. ¡Aquí no lloverá en diez años!

Dodge rió silenciosamente.

—Será un magnífico muchacho —murmuró—. Me da envidia

verlo, te lo juro. Yo nunca tendré un hijo así.

Ella giró su cuerpo, descansando de cara sobre la tierra. Apoyó la barbilla en sus manos cruzadas y miró al hombre por encima de los ralos tallos de hierba.

—Podrías tenerlo —murmuró.

—¿Crees que un perseguido como yo va a casarse?

—Lo más probable es que no. Resulta doloroso pensar en eso y tener que reconocerlo. Es terrible darse cuenta de que esto, al fin y al cabo, es solamente como una tregua.

—Yo tendré que seguir huyendo —musitó él—. Mañana mismo.

—¿No hay esperanza de que revisen tu juicio?

—No confesé mis delitos.

—¿Y… los cometiste?

El dijo con voz lejana, como si hablaran de algo que pertenecía a una vida va pasada:

—Sí.

Ann se estremeció.

—Me cuesta creerlo, Dodge.

—Pues no pienses en ello, pero si alguna vez me recuerdas más adelante, te dices a ti misma: «Era un asesino. El mismo lo confesó. No trató de ocultarlo a nadie».

—Pero no siempre habrá sido así. Tú me dijiste que habías trabajado en el campo. ¿No tienes familia?

—Solamente mi madre. Es ya muy vieja y vive en Filadelfia. Tenía también un hermano.

—¿Lo «tenías»? ¿Es que murió?

—Sí. Hace unos meses, poco después de que a mí me condenaran a muerte. El era el orgullo de la familia.

—¿En qué sentido?

—En todos. Era el hermano menor, ¿sabes? Mis padres pudieron cuidarle un poco mejor que a mí. Creció educado, fino, estudioso… Yo siempre he sido bastante cabezota. No he servido para nada excepto para trabajar y para manejar el revólver. En cambio, Dan era extraordinario. A los veinticinco años ya se presentó a las elecciones para obtener un puesto en la Cámara de Representantes… y las ganó. Era uno de los gobernantes de los Estados Unidos. ¡Tiene gracia…! Mi hermano era todo un señor, mientras que yo… Bueno, Dan lo merecía. Mi madre estaba loca por

él. Toda la casa estaba llena de retratos suyos.

—¿Y de qué murió Dan?

—Un accidente. Se le desbocó el caballo que montaba. Para mi madre resultó un golpe terrible. Ahora, ¿sabes?, aún ha puesto más retratos de Dan por todas partes. Y en sus horas de soledad los mira.

Ann respiraba ansiosamente, pero no se daba cuenta. Sus manos temblaban bajo la fina barbilla.

—Debe ser terrible para ella saber que tú estás condenado a muerte —susurró.

—Sí, pero eso no la afecta tanto. Ella sólo vive para el sagrado recuerdo de Dan. Fue su preferido, y la verdad es que hay una razón para ello. Mientras vivió, sólo le dio satisfacciones; yo no. Yo sólo he sido un destripaterrones, un maldito cabezota.

—Pues no tienes aspecto de eso.

Dodge rió silenciosamente.

—Te lo he demostrado, ¿no? He disparado contra unos hombres y he abierto un pozo. Eso es todo lo que sé hacer.

—¿Nunca una mujer se ha enamorado de ti? —musitó ella, con voz temblorosa—. ¿Nunca?

—Sí, una vez.

—¿Quién?

Latían como unos ocultos celos en la voz de Ann. Ella misma no se daba cuenta, pero la molestaba que otra mujer se hubiera fijado en aquel hombre al que ella, no obstante, no estaba dispuesta a conceder nada. Le parecía como si el recuerdo de otra hembra enturbiase aquella dulce y secreta historia.

—¿Quién era? —insistió.

—¡Bah! ¿Eso qué importa?

—¿Era alguna mujer de tu ambiente?

—No, no… Era una señorita.

Añadió con voz suave:

—Te sorprende, ¿verdad? Una señorita enamorándose de mí…

—No, no me sorprende en absoluto. Pero ¿por qué no os casasteis?

—No tenía derecho a pedirle nada.

—¿Por qué?

—¿Acaso lo has olvidado? —susurró él, poniéndose en pie de un salto—. Eres la única persona en el mundo que parece haberse

olvidado de que soy un asesino…

Bill también se puso en pie. Sus ojos de lince miraban entre los árboles, hacia la lejanía.

—Mamá… No había luces en casa, ¿verdad?

—No, Bill.

—Pues ahora las hay. Ha llegado alguien.

Ann palideció intensamente. Sin darse cuenta siquiera, apretó la mano de Dodge.

En efecto, había un carruaje ante la casa. Era un coche lujoso, tirado por dos caballos, y llamaba tanto la atención ante aquella humilde vivienda como un anillo de brillantes en la mano de una lavandera. También ramoneaba por allí un caballo en el cual Bill reconoció al de Nick, el del ayudante del *sheriff*.

Ann se acercó, llevando de la mano a su hijo.

Dodge Lane había quedado atrás, entre la espesura, observando lo que sucedía.

Ann musitó, mientras se acercaban:

—No debes decir a Nick que aquí hay un hombre, Bill. Podrías causar un grave daño a Dodge, ¿sabes? Tú no digas nada, ni aunque Nick te pregunte. Como si siguiéramos viviendo solos.

—¿Es que Nick persigue a Dodge, mamá?

Ann se mordió los labios. No sabía qué clase de respuesta podía dar a su hijo.

—Le persigue por equivocación —dijo al fin—. Todo se aclarará, pero mientras tanto es mejor que Nick no vea a Dodge. Me has comprendido, ¿verdad?

—Sí, no te preocupes.

Dodge Lane había confiado en ella. Ahora Ann no tenía más que decir a Nick quién estaba allí cerca para obtener los cinco mil dólares. Pero se dijo que jamás haría eso; que no cometería lo que ahora le parecía una traición.

Nick apareció en la puerta de la casa. Tenía un aspecto sonriente y tranquilo.

—Hola, Ann. ¡Hola, Bill! ¿Dónde diablos os habíais metido?

—Estábamos mirando las estrellas. Ninguno de los dos teníamos sueño.

—A este paso, tu chiquillo se convertirá en un romántico y no querrá vivir más en esta granja.

Ann sonrió.

—Cuando he visto tu caballo he tenido un susto, Nick. Pensaba que ocurría algo.

—No ocurre nada especial. Seguimos sin una pista de ese maldito Dodge Lane. He venido acompañando a alguien que tiene mucho interés en conocerte.

—¿A mí?

—Sí, a ti. Y no creas que es un cualquiera.

Ann parpadeó. La verdad era que se sentía sorprendida. ¿Quién podía sentir interés por ella, casada desde bastantes años atrás, y que desde entonces había vivido en el más absoluto aislamiento?

Pronto lo averiguó. Aquella figura ancha, maciza, apareció en el umbral. Aquel rostro rojizo, de hombre bien alimentado y descansado, le sonrió desde la puerta de la casa.

Ann se llevó una mano a los labios, haciendo un esfuerzo terrible para ahogar un grito.

* * *

—Hace años, Ann y yo tuvimos una buena amistad —dijo el hombre, lentamente—. Pero parece que ella ya no se acuerda.

Ann había apretado los labios. Su pecho subía y bajaba agitadamente. ¡Claro que se acordaba de aquel hombre! ¡Claro que se acordaba de lo que sucedió!

Aún le parecía sentir en su cuerpo el dolor de la paliza que sus pistoleros le propinaron. Aquel hombre, Barton, fue la causa directa de que ella huyese aterrorizada y llegara a la granja. Fue la causa de que conociera a Tom y emprendiese una nueva vida.

¡Y ahora estaba allí! ¡Estaba en su propia casa, mirándola con secreto deseo, como si el tiempo no hubiera transcurrido!

Ann decidió no entrar.

No sería tan estúpida como para quedarse a solas con aquella hiena.

Pero de repente se produjo algo que la hizo cambiar de opinión. Y fue que detrás de Barton apareció una muchacha.

CAPÍTULO VII

Era una mujer fina, distinguida y maravillosamente bonita. Debía tener unos veintitrés años. Era, por consiguiente, algo más joven que Ann, quien se había convertido en madre cuando apenas había dejado de ser una chiquilla.

Llevaba un vestido de última moda, y en su cuello y sus muñecas había joyas realmente valiosas.

Barton se acercó a presentarla.

—Es Marta, mi hijastra.

Ann la miró. No hubo cordialidad en sus ojos. Todo lo que, de un modo u otro, estuviera relacionado con Barton, le producía una oscura repulsión.

Creía que aquel hombre había sido tragado por la noche y por el tiempo. Y ahora estaba allí, sin embargo, muy cerca de ella. Mirándola con ojos llameantes de deseo.

Marta se acercó. Tendió la mano a Ann.

—Es un placer conocerla, señora.

—¿Cómo han llegado hasta aquí?

—Ya lo ve. Tenemos un magnífico carruaje.

—Pero ¿por qué a este lugar precisamente? ¿No han visto que esto es una granja a la que la sequía va matando poco a poco?

—Ha sido idea mía.

Ann echó levemente la cabeza hacia atrás. No la entendía.

—¿Por qué? —balbució.

—Es un pequeño secreto —dijo Marta—. Quizá más adelante llegue a entenderlo.

Nick se aproximaba ya a las dos mujeres.

—Desde luego, te habrá extrañado esta visita —dijo a Ann, como si hubiera adivinado sus pensamientos.

—Me ha extrañado mucho.

—Pero todo tiene su explicación. La señorita Marta ha convencido a su padre para que compre una granja. Y ha manifestado deseos de ver la vuestra.

—¿La nuestra…?

Nick le guiñó un ojo sin que Marta se diera cuenta.

—Sí. Le he dicho que es la mejor de los contornos.

Ann comprendió. Nick creía que Barton era un comprador caprichoso y despistado y que estaba dispuesto a pagar un buen precio por cualquier cosa que le ofreciesen. Pensaba hacer un favor a Ann y a Tom. Si la granja estaba en la ruina, ¿por qué no venderla ahora que se presentaba un buen comprador?

Lo que Nick no sabía era que aquélla era una excusa dada por Barton. Lo que éste pretendía, sencillamente, era verla de nuevo, después de enterarse de cuál era su paradero actual.

Lo extraño era que la idea hubiese partido de la hija. Era eso lo que no acababa de entender Ann.

Barton se había acercado también.

—Sí —dijo—. Tengo interés en comprar una granja, y ésta, en principio, me gusta. Supongo que podré verla con detalle.

—Yo no he hablado de vender —musitó Ann.

—Ya lo sé, ya lo sé… Pero a veces todo depende del precio. Me han dicho que está usted casada, señora.

Las inflexiones de su voz eran burlonas. Ann tuvo una sensación de frío en la espalda.

—Sí —musitó—. Estoy casada.

—¿Y su marido?

—Ha salido de caza. No tardará.

—Me gustaría hacer tratos con él. Ver con calma esta granja… ¡Ejem! Pero ahora ya es un poco tarde.

—¿Qué quiere decir?

—Supongo que no tendrá inconveniente en darnos hospitalidad por una noche. Así mañana temprano podríamos verlo todo con calma. Nos dirigimos a San Francisco, y antes quisiera comprar una granja para mi hijastra. Un sitio para descansar, ¿sabe? Ella es muy aficionada a todas estas cosas. La vida al aire libre, la naturaleza… ¡Hum! Se ve que son cosas saludables, porque tiene usted un magnífico aspecto.

La miraba de pies a cabeza, deteniéndose en cada turgencia de su cuerpo, en cada línea de su maravillosa escultura. En efecto, no se notaba que Ann había pasado privaciones, angustias, dudas. Era mucho más hermosa que cuando actuó en un saloon siendo una chiquilla y Barton se encaprichó de ella.

—La vida al aire libre siempre ha sido saludable —murmuró—, pero no puede juzgar por mí. Hay quien se deja la vida en estas tierras. Son muy ingratas.

—De todos modos, ¿le molestaría que la viésemos?

Ann no sabía de qué forma enviar a aquel hombre al infierno. Buscaba una manera elegante para salir de aquella situación, y miró a Nick.

Fue peor, porque Nick no había entendido absolutamente nada. Y seguía creyendo que hacía un gran favor a Ann y a Tom ayudándoles en la venta de aquella granja.

—¿Por qué no han de quedarse? —murmuró—. Tú nunca has negado hospitalidad a nadie. Vamos, Ann, ¿qué te ocurre?

Ella se mordió el labio inferior.

—No hay camas suficientes.

—¿Y eso es problema? —rió Barton—. No piense más en ello. Si su marido está ausente, usted puede dormir en la cama de matrimonio con mi hijastra, señora. Y yo me arreglaré tendiendo unas mantas sobre la mesa del comedor. Tengo verdadero interés en dar ese capricho a la pequeña, en comprarle una granja.

Nick guiñó un ojo a Ann.

Ésta comprendió que no tenía más remedio que acceder o explicar a Nick lo sucedido años antes, cosa que deseaba guardar en el más absoluto secreto. De modo que accedió.

Al fin y al cabo, Barton tampoco podría intentar nada contra ella, estando allí su hijastra. El mismo había sugerido que durmieran juntas, lo cual era una garantía.

—Está bien —susurró—. Les ayudaré en lo que sea necesario.

Nick lanzó una carcajada.

—¡Ya verá cómo compra esta granja, amigo mío! ¡Es magnífica! La ve usted en un momento de gran sequía, pero…

De pronto se fijó en las botas de Bill.

—Oye, muchacho, ¿dónde te has metido?

—¿Quién? ¿Yo?

—Tú, Bill. ¡Diantre, nunca he visto unos pantalones como los tuyos! ¡Están perdidos de barro!

Ann palideció intensamente. No se atrevió a decir una palabra.

Pero su corazón empezó a latir locamente, como si fuera a estallar de un momento a otro.

—No hay barro en ninguna parte de por aquí, Bill —dijo el ayudante del *sheriff*. ¿Qué has hecho?

—Hemos abierto un pozo… —le dijo Ann, arriesgándose.

—¿Y… habéis encontrado agua?

—Sí.

—¡Diantre, eso es magnífico! ¡Vuestra granja va a valer el doble! Pero… Pero el pozo no ha podido abrirlo Bill.

—Lo hemos hecho entre los dos.

—Es una tarea muy pesada para una mujer y un crío.

Ann tragó saliva penosamente.

—¿Acaso piensas que miento?

—No… ¿Cómo voy a pensar eso? Eres una mujer muy fuerte, Ann. Increíblemente fuerte. No sabe la suerte que tiene Tom.

Extrajo una pequeña cajita redonda de una de las bolsas que colgaban de la silla de su caballo.

—Toma.

—¿Qué es esto?

—Una pomada excelente. Contra las ampollas de las manos.

—Pero si yo…

—Vamos, no te dé vergüenza. Unas manos tan bonitas no deben estar encallecidas…

Le tomó la derecha antes de que pudiera evitarlo. Miró, y de pronto la sonrisa de Nick se borró de sus labios.

Ann sentía que el corazón le latía más locamente cada vez, hasta hacerle un daño horrible en el pecho.

—Diríase… que el mango de la pala no te ha rozado —musitó Nick.

—Casi todo lo ha hecho Bill.

—Pues tienes un hijo que es un fenómeno…

Una arruga de inquietud se había dibujado en la frente de Nick. El ayudante del *sheriff* no sospechaba nada concreto, pero encontraba muy raro todo aquello. Depositó la cajita en la mano de Ann.

—Quizá las ampollas te saldrán más adelante —dijo—. Anda, guarda eso, por favor. Es… un obsequio.

Estrechó la mano a Barton y a su hijastra. La línea de preocupación aún no se había borrado de su frente.

—Adiós, señor Barton. Adiós, señorita Marta. Espero que pasen buena noche y que lleguen a un acuerdo.

—Estoy seguro de que sí —dijo Barton.

—Mañana me daré otra vuelta por aquí, ya que podrían necesitarme. Y ahora, con su permiso.

Montó de un salto y desapareció al galope.

Ann le vio marchar mientras sus labios dibujaban una línea de preocupación.

Aunque Nick no sospechara nada concreto aún, estaría dando vueltas a aquel pensamiento durante toda la noche. Y quién sabía si la idea en la que no hubiese querido creer nunca llegaría a penetrar en su cerebro.

Barton susurró:

—¿Está preocupada, señora?

—No, nada de eso… Entren, por favor.

Se sentía acorralada, más acorralada que nunca. Y cosa extraña, lo único que la tranquilizaba era saber que Dodge Lane estaba cerca.

Pero hacía esfuerzos terribles para contener el llanto. En este terrible momento se sintió más acorralada que cuando era una chiquilla y tuvo que huir, acosada por los pistoleros del hombre que iba a dormir en su propia casa.

No le hubiera importado morir.

* * *

Dodge lo había oído todo desde la espesura que limitaba la casa por la parte posterior. E incluso había visto el gesto de Nick al tender la pomada a Ann.

Se daba cuenta de lo que aquello significaba. El ayudante del *sheriff* empezaría a pensar que alguien había abierto el pozo, y quién sabe si acabaría dando con la solución que muchos hombres andaban buscando. Una solución de cinco mil dólares.

A los que no había visto bien era a los visitantes, porque éstos estuvieron casi todo el tiempo cubiertos por el carruaje que les

había traído hasta allí. Y no había oído apenas sus voces, porque hablaban casi susurrando, como las gentes de la ciudad, que siempre se hablan a corta distancia.

Bueno, eso era lo de menos. ¿Qué le importaba quiénes fueran aquellos visitantes?

Resolvió marchar cuanto antes de allí. El no era más que un peligro en la granja.

Salió de su escondite, se puso en pie y oteó el horizonte. Era un momento excelente para marchar. Podía andar toda la noche, y cuando amaneciese ya estaría muy lejos de allí.

Ann lo comprendería. Se daría cuenta de cuáles habían sido los motivos de su marcha.

Pero ¿y Bill?

Bill no sabía que él era un reclamado por la justicia. ¿Se haría cargo de lo sucedido? ¿Sabría comprender que él tuvo una razón muy importante para marchar sin decirle adiós?

No, Bill no lo comprendería. En su joven alma, aquello quedaría marcado como un desengaño que tardaría en olvidar.

Si sólo pudiera decirle un par de palabras… Sería muy distinto si él le prometía volver, aunque luego no pudiera cumplir aquella promesa.

Chascó la lengua. Ya estaba. Vería a Bill en la cuadra, cuando el pequeño diese de beber a los caballos, cosa que hacía precisamente a aquella hora.

Avanzó con cuidado para no ser visto. De todos modos, Nick, el ayudante del *sheriff*, ya estaba lejos. No era fácil que los visitantes fuesen a la cuadra. El único que acudiría allí sería el pequeño Bill.

Entró y acarició los lomos de los caballos. Una luz de petróleo iluminaba penumbrosa la estancia. Todo estaba limpio y bien cuidado. Bill, pese a su corta edad, atendía a todos los detalles. Era un auténtico granjero.

Dodge pensó, con envidia, que nunca tendría un hijo como aquél.

De pronto fue a volverse. Acababa de oír un roce en la puerta. El roce de alguien que entraba.

Pero antes de que se volviera del todo, una voz de mujer dijo desde el umbral:

—Hola, Dodge. Estaba segura de volver a verte.

CAPÍTULO VIII

Barton había depositado sobre la mesa del comedor unas mantas de las que solía llevar siempre en el carruaje, preparándose una improvisada cama. La comodidad con que pasara aquella noche era lo que menos le importaba. Lo que hacía en realidad era no dejar de mirar a Ann, que había acostado ya al pequeño Bill.

Luego fue ella la que se acercó con dos mantas más. —Tome, señor Barton—. ¿Por qué me da eso, señora? —Para que esté más cómodo y descanse mejor—. Es usted muy amable.

—Nunca niego hospitalidad a nadie —susurró ella, despectivamente—, en especial a los vagabundos.

Fue a alejarse. De pronto él movió la mano derecha y la sujetó por una muñeca. Barton, pese a ser un hombre ya mayor, tenía una extraordinaria fuerza. Estaba, en realidad, en la plenitud de su vida, pues siempre había podido cuidarse bien.

—Basta de comedias, nena.

—¡Déjame!

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Mi hijo…

—El pequeño duerme. He visto cómo lo acostabas. Te has preocupado de hacerlo en seguida, ¿y sabes por qué? Porque eres una pequeña zorra. Porque querías estar a solas conmigo.

Ella se estremeció. Los ojos del hombre destilaban placer, y al mismo tiempo odio. La deseaba para destruirla. Ann adivinó instintivamente que el amor de aquel hombre sería salvaje, brutal, despiadado.

Intentó librarse de la mano que la apresaba, pero no lo consiguió.

—Ya que no tienes respeto ni ante mi hijo ni ante mí, tenlo al

menos ante tu hijastra —dijo con voz silbante—. Ella puede vernos.

Barton rió silenciosamente.

—Mi hijastra es una chica extraña. Debe estar dando ya una vuelta por los alrededores. Le gusta la noche.

—¡He dicho que me sueltes!

Barton aflojó la presión de sus dedos de hierro, mientras volvía a reír silenciosamente. Vio cómo Ann se frotaba la muñeca enrojecida. Durante algunos instantes se mantuvieron quietos, uno frente al otro, mirándose a los ojos fijamente. Ann no intentó huir, porque, ¿dónde hubiera podido ocultarse? Además, su sitio estaba allí, en la casa. Defendiendo lo que era suyo y protegiendo al pequeño Bill.

Los labios de Barton se distendieron en una sonrisa burlona.

—De modo que te casaste… —susurró.

—Sí. Y tengo al hijo que acabas de ver.

—Un hijo… y todo esto.

—Sí. Todo esto.

Barton paseó su mirada despectiva por la sencilla habitación, por los contornos de la humilde granja.

—¡Bah! Basura.

—Al menos es un sitio honrado —musitó ella—. Y aquí somos libres.

—No hay libertad sin dinero —sentenció Barton, en lo cual no le faltaba una buena dosis de razón—. Te crees libre y dependes de unas miserables gotas de agua. En cambio, de haber seguido tu carrera, ahora vivirías como una reina.

—Si mi carrera consistía en pasar por tus brazos, celebro haberla dejado.

Barton cambió de tono.

—¿Dónde está tu marido?

—Ha ido a tratar de ganarse cinco mil dólares. No volverá hasta dentro de dos o tres días.

—Vaya, celebro que al fin digas la verdad… De modo que dos o tres días. Podemos pasarlo muy bien, nena.

—¡Déjame! ¡Y vete mañana mismo, en cuanto amanezca! ¡Vete y no vuelvas aquí!

—¿Irme? Estás loca… ¿Irme ahora que te he encontrado de nuevo? Ni lo sueñes. Yo no soy tan idiota como tu maridito. Dejar

sola a una mujer tan preciosa… ¿Sabes? —La miró de arriba abajo —. Antes eras una chiquilla que valía la pena, pero te faltaba algo. Estabas sin formar. Tus curvas eran demasiado juveniles, demasiado escurridizas. A mí me gustan las mujeres que siguen pareciendo unas niñas, como tú, pero más compactas. Tienes unas curvas maravillosas, Ann. Vas a volverme loco.

Intentó abrazarla. Ella se escurrió, saltando hacia atrás con la agilidad de una gacela.

—No conseguirás nada de mí —dijo por entre los dientes apretados—. ¡Nada!

—No te preocupes, hay tiempo… Pienso quedarme aquí todo el tiempo que sea necesario. Y sé que cederás. Eres la única mujer a la que no he conseguido… aún.

—Ni me conseguirás.

—¿Estás segura?

Las comisuras de los labios de Ann temblaron a causa del nerviosismo que sentía.

—No necesito nada de ti. Por consiguiente, no tienes ninguna fuerza para obligarme.

—No… en cierto modo.

—¿Qué quieres decir? —susurró ella, repentinamente alarmada.

—Sabes que siempre me he rodeado de pistoleros. De hombres que me protegieron. Eso es indispensable en esta tierra.

—Sí, ya sé que siempre has sido muy valiente. Y tus pistoleros también. Aún conservo en la espalda las señales de su paliza.

Los ojos de Barton brillaron.

—Me hubiera gustado ser yo quien te la diese. Una chiquilla como tú…

—No hay cerdo más grande en todo el Oeste, Barton —dijo Ann, escupiendo las palabras.

—Bueno eso son opiniones. Pero estábamos hablando de mis pistoleros. Los que tengo ahora son gente más fina… y más peligrosa. ¿Has oído hablar de Zukor?

—Claro que he oído hablar de ese tipo.

—Lo distinguen por su cicatriz en la mejilla y por su sombrero negro. Un buen chico, sin embargo… Siempre mata cara a cara porque no hay nadie que pueda vencerle. Y como mata cara a cara, no está reclamado en ninguna parte. ¿Dices que tu marido vendrá

dentro de unos tres días?

—Sí…

La voz de Ann temblaba.

—Sería muy lastimoso que Zukor se encontrara con él. Y que tuviesen unas palabras. Y que disputaran. Eso es legal, ¿no? Ninguna ley prohíbe que dos hombres tengan un mal momento y solventen sus diferencias a tiros de revólver.

Ann se estremeció.

—¡Eso sería un asesinato!

—Lo será, muchacha, lo será —dijo calmosamente Barton—, pero tendrá todo el aspecto de una cosa legal. Un simple desafío como los que tantas veces ocurren en estas ciudades. Fíjate en lo sencillo que sería demostrar el amor a tu esposo. Sólo te costaría ceder…

Volvió a reír, haciendo un gesto ambiguo con su mano derecha.

—Pero no hay que preocuparse. Ya cederás… En el fondo todas sois iguales. Lo estáis deseando…

Ann dio una brusca media vuelta y salió por la puerta, al exterior. No quería seguir oyendo aquello. Respiraba agitadamente y sentía que el corazón le hacía daño en el pecho.

La voz de Barton aún llegó hasta ella.

—¡Mi hija ha tenido una magnífica idea al decir que viniéramos aquí! ¡Una magnífica idea!

Ann se sentía aturdida.

¿Era Marta la que había tenido aquella idea? ¿Y porqué? Ella no podía creer, a pesar de todo, que aquella muchacha fina y distinguida tuviera interés en comprar una granja.

Caminó bajo las sombras, sintiendo una terrible desolación que la dejaba sin fuerzas. Sabía que Barton no bromeaba; era de esos hombres que no bromean jamás. Y si Zukor, efectivamente, estaba cerca de allí, mataría a Tom sin remedio.

¿Qué podía hacer ella para evitarlo? ¿Ceder al mandato de Barton? ¿Entregarse a él?

Apretó los labios con salvaje decisión.

No, eso no lo haría nunca.

Llegó hasta el borde de la cuadra, acordándose de que Bill no había dado el último repaso a los caballos.

Y entonces oyó aquellos susurros:

—Creí que nunca más volvería a verte.

—Piensas que nuestro encuentro ha sido casual, ¿verdad? Pues no, no lo ha sido.

—Debes alejarte de aquí cuanto antes, Marta. No te conviene estar cerca de mí.

—Ahora que he vuelto a encontrarte, ¿piensas que vamos a separarnos otra vez?

Ann se detuvo, expectante, llevándose la mano al pecho.

Eran las voces de Marta y de Dodge.

No supo por qué, pero algo la decepcionó en secreto. Aunque no pensaba conceder nada a Dodge, aunque siguiese siendo fiel a su marido, aunque nunca llegara a enamorarse de aquel pistolero, la hubiera halagado saber que éste no pensaba en otra mujer que en ella. Que la deseaba en secreto y que sufría soñando en sus besos.

Todo eso era muy recóndito, estaba muy en el fondo de su alma de mujer. Quizá, de no oír aquellas voces, no hubiera llegado ni a pensarlo conscientemente.

Fue a alejarse. A pesar de que no entendía bien aquello, tampoco quería oírlo.

Retrocedió de espaldas y, sin darse cuenta, chocó con una pequeña pila de troncos que Dodge había dejado allí poco antes. Los troncos se derrumbaron, produciendo un brusco estrépito.

Dodge salió, descansando la mano sobre el revólver. Marta le siguió inmediatamente.

Lo que vieron hubiese hecho abrir mucho los ojos a Barton. No podía decirse que Ann estuviera en una postura muy elegante, pero sí sugestiva. Había caído de espaldas entre dos troncos, y sus hermosas piernas estaban al aire. Los miró aturdida, mientras trataba de incorporarse.

Dodge fue a ayudarla, pero ella rechazó su mano.

—¡Déjame!

—¿Qué te ocurre? ¿Te has hecho daño?

—¡No!

Se incorporó ella misma, alisándose la falda. Luego miró, entre sorprendida y furiosa, a Dodge y a la señorita Marta.

—Ignoraba que os conocieseis —susurró—. Buenas noches.

Dio media vuelta y fue a alejarse, pero la voz de Dodge la detuvo:

—Ann…

—¿Qué quieres ahora?

—Cierta vez te dije que había estado prometido a una mujer. Una señorita de verdad. Una mujer que no era para mí.

Ann se volvió, sintiendo que temblaban sus labios.

—¿Es posible que…?

—Sí —musitó Dodge—. Era ella.

—La hijastra de Barton…

—¿Por qué lo dices de ese modo? ¿Hay algo entre Barton y tú?

Ella susurró:

—No…

Pero Dodge supo comprenderlo. Supo leer en sus ojos. Se dio cuenta de que era Barton el hombre que la había perseguido cuando ella era poco más que una niña lanzada a la vorágine.

Y ahora estaba allí…

—Marta y yo estuvimos unidos durante un tiempo —susurró Dodge—, cuando las cosas parecían muy distintas. Luego la dejé. Al fin y al cabo, ella era una señorita y yo me había convertido en un forajido.

—¿Y cómo ha sabido que estabas aquí? Ahora comprendo que haya tenido la idea de venir a este lugar.

¿Pero cómo estaba tan segura de que iba a encontrarte?

Marta se acercó a los dos.

—Lo he sabido por el comentario de un hombre.

—¿Quién?

—Un vejete de curioso aspecto. No recuerdo bien su nombre… ¡Ah, sí! Se llama Tucker.

—¿Y qué es lo que ha dicho Tucker?

—Que estuvo en la granja, y que vio cómo el niño, creo que se llama Bill, estaba abriendo un pozo. Pero había otra pala junto a él, además de la que usaba.

Ann se mordió el labio inferior.

—Deduje que alguien más estaba en la casa —continuó Marta—, y yo pensé que ese «alguien más» podía muy bien ser Dodge, quien me dijeron se ocultaba por estas cercanías.

—Ha deducido usted bien —le dijo sombríamente Ann—. Y ahora, ¿qué piensa hacer?

—No tema, no le denunciaré —susurró Marta—. Y ahora,

perdóneme si le hago una pregunta delicada. ¿Hay algo entre los dos?

—Soy una mujer casada —dijo sombríamente Ann.

—Celebro que piense eso, porque…

Parecía vacilar. Bajo sus ropas de señorita se notaba palpitar a la mujer apasionada, a la hembra dispuesta a luchar. Al notar la mirada de Ann, añadió con voz ronca:

—… Porque yo quiero a Dodge.

El pistolero la miró intensamente. Una nube negra parecía haber pasado por sus ojos.

—Lo que acabas de decir es absurdo —musitó—. Absurdo, Marta.

Dio media vuelta y se alejó rápidamente, perdiéndose en la oscuridad.

Nick, el ayudante del *sheriff*, estaba preocupado. Había bebido ya dos vasos de *whisky*, lo cual era un síntoma de inquietud en él. Y no le faltaban motivos.

En primer lugar, daba por descontado que Bill no pudo abrir un pozo con sus solas fuerzas. Y si Ann no le ayudó, ¿quién lo hizo?

Tenía que haber un hombre en la granja. Alguien que tenía interés en permanecer oculto.

—¿Quién?

Nick no quería ni pensar en aquel nombre. No quería aceptar que se tratara de Dodge Lane.

En aquel momento entró el *sheriff*, el jefe de Nick.

—Te veo muy preocupado, muchacho.

—Hola, jefe.

—¿Qué te ocurre?

—Nada… He estado en la granja de Tom.

—¿Y qué?

—Ann está demasiado sola.

—¿Eso te preocupa?

—Me temo que Tom se meta en un lío con esa idea estúpida de querer cazar a Dodge Lane.

El *sheriff* se sentó en el borde de la mesa y miró fijamente a su subordinado.

—¿No me ocultas nada? ¿Es eso realmente lo que te preocupa?

—Sí… Sólo eso.

No quiso decir nada al *sheriff*. Si éste decidía reunir una tropa y poner cerco a la granja, Ann o su hijo Bill podrían sufrir daños. Ignoraba en qué condiciones estaba Dodge allí, pero lo más probable era que hubiese amenazado con matarles si hablaban. Y lo haría tal vez, en caso de sentirse acorralado.

El representante de la ley lió un cigarrillo calmosamente.

—¿Solo? ¿Por qué?

—Quiero patrullar por las cercanías. Hay varios ranchos en la comarca que no visito hace tiempo. Supongo que podrás mantener el orden un par de días tú solo.

—Claro que sí, jefe.

Casi le alegró aquello. Estando ausente, el *sheriff* no oiría nada acerca de lo ocurrido en la granja de Tom y no metería las narices en ella, lo que podía ser peligroso para Ann y el chico.

El de la estrella encendió su cigarrillo.

—Sólo tendrás un problema.

—¿Cuál?

—Zukor.

Nick alzó la cabeza.

—¿Está aquí?

—Claro que está aquí… Lo que me extraña es que no le hayas visto. Resulta inconfundible con su cicatriz y su sombrero negro.

—No me lo he echado a la cara aún. ¿Y qué hace aquí?

—No lo sé aún. Puede resultar peligroso, pero es un tipo muy calculador y no hará nada si no le reporta un beneficio. Tú obsérvale y procura que no se meta en líos. Si ves que acerca la mano al revólver, le detienes.

—Eso es más fácil de decir que de hacer, jefe.

—Ya te he dicho que Zukor es un tipo muy calculador. No se atreverá a matar cara a cara a un hombre que lleva estrella en el pecho. Si acaso te mataría por la espalda y sin testigos, pero tú has de ser lo bastante listo para no darle esa oportunidad.

Nick asintió.

—De acuerdo, jefe. ¡Buen viaje!

—Y tú estate quieto… Olvídate de la granja de Tom. ¡Allí nunca ocurre nada!

Nick susurró:

—Claro. Nada…

Pero cuando el *sheriff* salió, sus ojos estaban turbios y sus dedos temblaban sobre la mesa.

Un hombre armado con un rifle descendía poco a poco de la colina boscosa. Estaba muy fatigado después de varias noches sin dormir apenas. Y no se sentía precisamente de buen humor.

Tom se consideraba un fracasado en estos momentos.

Después de buscar por todos los senderos del bosque, no había encontrado la menor huella de Dodge Lane.

Y el caso era que el fugitivo no podía estar lejos de allí. El fino instinto de cazador de Tom intuía eso. Debía ocultarse por las cercanías, y él había fracasado en su búsqueda.

Era la primera vez que le sucedía una cosa así. La primera vez que alguien conocía los bosques mejor que él mismo. ¡Adiós los cinco mil dólares!

En un claro del bosque se detuvo un momento y miró hacia abajo. Desde allí se distinguían sus tierras. Pobres y secas, pero suyas al fin y al cabo. Se distinguía la casa, de cuya chimenea partía una columna de humo. Era la alegre y laboriosa hora que sigue al amanecer. Ann estaría preparando el desayuno para Bill. Algo había conseguido para mantenerle durante aquellos días.

Se pasó un momento la mano por los ojos.

Le dolía volver fracasado. Tener que decir: «Ya no sirvo ni para cazar a un hombre».

Pero de todos modos debía ser optimista. Todo se resolvería. Quizá lloviese, después de todo. Había visto unas nubes oscuras en el horizonte…

De pronto vio algo más.

Un hombre bien vestido se paseaba con las manos a la espalda por delante de la puerta. No podía reconocerle a aquella distancia, pero sin duda era alguien con quien no estaba habituado a tratar. Un forastero.

¿Qué diablos hacía allí?

Vio que Ann salía de la casa. A Ann la reconoció por su vestido claro.

Aquel hombre le puso una mano en la cintura.

Tom parpadeó. ¿Qué infiernos significaba aquello? ¿Es que acaso su mujer…?

Poco podía imaginar el diálogo que en aquel momento sostenía

ella con Barton.

—Durante la primera noche me he portado como un caballero —decía él—, pero ahora todo será distinto. ¿Has reflexionado bien sobre todo lo que te dije?

—Sí.

—¿Y qué?

—Vete al infierno, Barton. El encajó las mandíbulas. —¿Sabes a lo que te expones?—. No harás nada contra Tom. —¿No, eh?

—Hablaré con el *sheriff*. Aquí, después de todo, aún impera la ley.

Barton rió lentamente, devorándola con los ojos.

—Muy bien, muchacha… ¡Muy bien!

Barton no dijo una palabra más. Subió al carruaje, un tirón el nudo que sujetaba los caballos al amarradero. Luego golpeó con el látigo los lomos de los cansados animales, que emprendieron un suave trote.

Aquella estúpida de Ann no sabía bien quién era él. No sabía que nunca amenazaba en vano.

Se dirigió a la ciudad.

Mientras tanto, Tom, desde lo alto de la colina, contemplaba asombrado aquella escena que no podía comprender. Una oscura sensación de sospecha penetró poco a poco en él. Acarició la culata del rifle, mientras entrecerraba los ojos.

Resolvió no volver a la granja en seguida. Iría también a la ciudad, a informarse de quién era aquel tipo.

Lo hizo dando un largo rodeo, para no ser visto desde ninguna parte.

Naturalmente, Barton había llegado mucho antes que él. Se procuró una descripción exacta del marido de Ann. Habló con Zukor, que bebía tranquilamente apoyado en la barra del saloon.

Era ya cerca del mediodía cuando Tom, que iba a pie, llegó a la vista de la ciudad. Para entonces Barton ya estaba de regreso en la granja, pero él no lo sabía.

Se sentó en el lindero de uno de los bosques para descansar. Su expresión, habitualmente alegre, era ahora hermética e indescifrable. Los pensamientos que habían empezado a anidar en su cerebro le volvían loco.

Creía a pies juntillas en Ann, pero ¿quién era aquel individuo?

¿Por qué había llegado a la granja cuando no estaba él? ¿Y por qué permitió el atraerla por la cintura?

Iba ya a disponerse a seguir su camino, cuando una voz calmosa dijo a su espalda:

—¿Preocupado, amigo?

Tom se volvió. El tipo que había surgido del bosque como por arte de magia, y que ahora le estaba hablando, iba bien vestido. Tenía una cicatriz en la mejilla y usaba un curioso sombrero negro.

Tom se puso en pie.

—¿Quién es usted?

—Considéreme un paseante.

—Le he preguntado su nombre. ¿Por qué no me contesta?

—Me llamo Zukor.

Tom dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo.

—Creo recordar su nombre.

—¿Sí, verdad?

—Es un pistolero.

—Sí, eso dicen…

—¿Y qué hace aquí? ¿Cómo me ha reconocido?

—Me han dado una descripción muy exacta de usted.

—¿Por qué? ¿Qué tenemos que ver el uno con el otro?

Zukor dijo suavemente, con la indiferencia del que está hablando de la muerte de un caballo viejo:

—Voy a matarle, amigo.

—¿Matarme? ¿Se ha vuelto loco?

—Usted se llama Tom —dijo Zukor, con la misma expresión indiferente.

—Sí, pero ¿a qué viene esa estupidez de que piensa matarme? No nos hemos visto nunca hasta ahora. ¿Qué tiene contra mí?

—Personalmente, nada.

Tom comprendió. De repente una suave palidez cubrió sus facciones.

—No es más que un asesino a sueldo, Zukor. Un miserable asesino a sueldo… ¿Quién le ha ordenado matarme?

—Eso no importa.

—No le tengo miedo, Zukor… Sé que es más rápido que yo, pero la última palabra aún no está dicha. Más vale que «saque» y terminaremos ya de una vez. Cuando vengan a reclamar su cadáver

sabré quién es el que le ha pagado por hacer esto.

Zukor lanzó una carcajada.

—Es usted muy valiente para no ser más que un simple granjero, Tom.

—No me tengo por ningún valiente, pero cuando me atacan sé defenderme. Vamos, ¿a qué espera?

Aquella sonrisa divertida aún no había desaparecido de los labios de Zukor.

Recordaba las palabras de Barton: «Si le matas directamente ella no cederá nunca. Tienes que marcarle. Márcale para que los dos se den cuenta de que están perdidos».

Eso fue lo que hizo Zukor. Mientras miraba fijamente a su enemigo, «sacó» sin previo aviso.

Aunque Tom era muy rápido, y esta vez se superó a sí mismo, no pudo hacer nada contra un pistolero profesional de la talla de Zukor. Cuando apenas había empezado a tirar hacia arriba de la culata del revólver, se dio cuenta de que el otro le estaba encañonando ya. Sonó un disparo, y Tom se encogió al recibir el impacto en la mano derecha, limpiamente atravesada por el centro.

El revólver, que había salido ya de la funda, cayó blandamente a tierra.

Zukor volvió a reír.

—No es usted manco, amigo. Pero para enfrentarse conmigo aún le quedan unos años de aprendizaje.

—¿Por qué… no me ha matado?

—Tenga paciencia. Aún no es tiempo.

—¿Quién le paga por hacer esto?

—Pregúnteselo a su mujer.

Tom dejó de sentir dolor en la mano derecha al oír aquellas palabras. Una especie de nube roja pasó por sus ojos.

—¿Qué tiene que ver Ann con esto? —bramó.

—Nada, nada… Pero lo mejor que puede hacer es presentarse a ella. Cuando le pregunte por su mano derecha dígale simplemente que se ha enfrentado con Zukor. Ella comprenderá.

—¿Qué es lo que tiene que comprender Ann?

—¿Por qué pregunta tanto? Vaya a su casa y haga lo que le digo. Usted mismo adivinará la respuesta.

Tom vaciló, pero la curiosidad pudo más que cualquier otro

sentimiento. Además, necesitaba que alguien cuidase su mano herida, por la que estaba perdiendo una gran cantidad de sangre. No le quedaba más remedio que hacer lo que Zukor decía.

Rechinó los dientes, dio media vuelta y se alejó unos pasos, sujetándose la mano herida.

La voz de Zukor le detuvo. —Eh, amigo, su rifle—. ¿Por qué?

—No quiero que me tirotee cuando esté fuera del alcance de mi revólver. Déjelo caer ahí.

—¿Me toma por un ventajista?

—Tengo fama de hombre prudente —dijo Zukor—. Vamos, suelte su cacharro si no quiere que le agujeree la cabeza.

Tom comprendió que no le quedaba más remedio que obedecer. Dejó caer el rifle y se alejó con la máxima rapidez posible, aunque sin dar en ningún momento la sensación de que huía.

Zukor se le quedó mirando.

El no había visto a Ann, pero según Barton era muy hermosa. Dio por descontado que ella cedería en cuanto viera a su marido así. Cedería tratando inútilmente de salvarle, porque de todos modos Tom estaba condenado a muerte; el mismo Zukor le liquidaría. Una vez Ann hubiera cedido, su marido sería un estorbo al que convendría eliminar.

Cuando Tom llegó a la casa, estaba al borde de perder el conocimiento. Aunque poco a poco, se había ido desangrando continuamente por el camino. El torniquete que él mismo se hizo en el brazo derecho alivió algo las cosas, pero no las solucionó.

Cuando apareció ante la puerta de la granja, Ann corrió hacia él con ojos extraviados. Cayó llorando en sus brazos.

—¡Tom!

El la acarició suavemente.

—¿Qué ha ocurrido? ¡Vienes herido! ¿Qué es eso?

—No soy más que un fracasado, Ann.

—¡Eso no ha podido hacértelo Dodge Lane! ¡Seguramente que no te has encontrado con él!

—¿Por qué dices eso tan convencida? —preguntó Tom, con suspicacia—. ¿Por qué no he podido encontrarme con él?

—No… Por… Por nada.

—Desde luego no le he encontrado —dijo sombríamente Tom—. No sé dónde se mete ese maldito… Pero en cambio he tenido otro

tropiezo, y ése sí que no lo esperaba.

—No hables ahora, Tom… Te curaré. Necesitas que alguien te atienda en seguida.

El accedió, pero en ese momento, cuando ambos avanzaban hacia la puerta de la granja, vio aparecer en ella al individuo bien vestido a quien distinguiera antes desde lejos.

—¿Quién es usted? —mascculló—. ¿Qué hace aquí?

Barton miró su mano derecha herida con una sonrisa de complacencia. Aquel buitre de Zukor trabajaba bien, de eso no cabía duda… Las cosas empezaban a entrar en vereda.

—¿Quién es usted? —repitió Tom.

Ann tragó saliva penosamente. No sabía qué decir. Pero Barton resolvió la situación sonriendo con elegancia.

—Tenía intención de comprar una granja por las cercanías, y he estado viendo ésta. ¿Le sabe mal?

—La granja no está en venta.

—Comprendo cuál es el motivo de su mal humor —rió Barton—. No le gusta que nadie esté a solas con una mujer tan bonita como la suya, ¿verdad? Pero, no tiene que temer en ese sentido. He venido con mi hijastra Marta, que está dando una vuelta por los alrededores. Los dos hemos pernoctado aquí, ya que anoche llegamos muy tarde.

Tom se tranquilizó. Incluso pareció como si la mano le doliese menos que antes.

—En ese caso sea bien venido —murmuró.

Barton se acercó, disimulando una sonrisa burlona.

—¿Quién le ha herido?

—Un tipo llamado Zukor.

—Vaya, lo siento…

—Gracias, amigo —dijo Tom, de buena fe—. Y lo curioso es que no sé por qué lo ha hecho. No nos habíamos visto nunca…

—Esos malditos pistoleros profesionales son una plaga —dijo Barton—. A veces disparan sólo por divertirse.

Y miró fijamente a Ann, esforzándose por disimular aquella sonrisa burlona que ya casi saltaba a sus labios.

Ann también le miraba a él. Se daba cuenta de lo que significaba aquello, se daba cuenta de que estaba acorralada. Pero en sus ojos palpitaba el desprecio, y sus labios parecían temblar con el deseo de

pronunciar el insulto: «¡Perro! ¡Mil veces perro!».

—Le ayudaré a hacerse un torniquete —ofreció Barton.

—Eso sé hacerlo yo misma —susurró Ann.

—Bueno, como quiera. Si no aceptan mi ayuda…

Tom y su esposa entraron en la casa. Ella trajo inmediatamente una jofaina con agua y vendas limpias. Aflojó el torniquete mal hecho que llevaba Tom, limpió bien la herida y luego hizo un torniquete perfecto.

A continuación lo vendó todo.

Durante ese largo rato, ambos permanecieron en silencio. Luego, él murmuró:

—Ann…

Ann alzó hacia él sus ojos puros y limpios.

—Celebro que hayas vuelto, Tom.

—No soy más que… un fracasado.

—Celebro que no hayas encontrado a Dodge Lane. Al fin y al cabo, hubiese sido un dinero ganado con sangre.

—Pero lo necesitamos, y él es un bandido…

—Nosotros no podemos juzgar, Tom.

—Hay algo más grave.

—¿Lo de tu herida? No temas por ella. No podrás manejar un revólver nunca más. ¿Pero eso qué importa? Si quieres que te diga la verdad, casi lo prefiero, ya que así no tendrás malas tentaciones.

—Es algo peor, Ann, algo que no comprendo. Aquel tipo…

—¿El que te hirió?

—Sí. Me dijo que tú sabrías por qué.

Ann hizo un terrible esfuerzo para no temblar. Intentó que su expresión fuese serena, casi indiferente.

—Lo que te dijo no tiene sentido —murmuró—. Nunca he visto a Zukor.

—¿Pero por qué habló de ese modo?

—Quizá me ha visto de lejos… y quizá me desea. Yo no puedo ser responsable de eso, Tom. Estoy… estoy horrorizada.

—Si lo que dices es verdad, saldré al encuentro de ese hombre. Aún puedo manejar mi rifle. El puede sentirse muy seguro, pero veremos cuál de los dos cae.

—No harás eso, Tom.

—¿Por qué no?

—Es un pistolero profesional. Lo ha demostrado una vez siendo más rápido que tú. Supongo que os enfrentasteis cara a cara…

—Sí, eso no puedo negarlo. Pero en el próximo encuentro iré con más cuidado, te lo aseguro. Nadie te pondrá las manos encima, Ann. Nadie, aunque me cueste la piel.

Ahora sí que la mujer se estremeció sin poder evitarlo. ¡Si Tom imaginara que el enemigo estaba tan cerca! ¡Si supiese que Barton les miraba desde la puerta, esperando su oportunidad! ¡Y si sospechara que ella nunca se había sentido tan desamparada, tan sola!

—Yo te explicaré lo que debes hacer —indicó, con voz aparentemente serena—. Dodge Lane tiene que estar refugiado por aquí cerca. Me lo dijo Nick anoche; él está seguro. ¿Por qué no das otra batida?

Toda su preocupación consistía en alejar a Tom de allí, en evitar que volviera a enfrentarse con Zukor.

Tom estaba tan preocupado que no reparó en la aparente contradicción de las palabras de su esposa. Primero ella le había dicho que se alegraba de que no hubiese encontrado a Dodge Lane, y ahora le enviaba en su busca.

Movió la cabeza negativamente.

—No me moveré de aquí —dijo con suavidad—. Creo que hago más falta junto a ti, Ann.

Ella se retorció los dedos con desesperación. Ignoraba qué más podía hacer. No sabía a quién pedir ayuda.

Lo que ignoraba era que Dodge Lane, que estaba oculto en el desván, casi encima de sus cabezas, había escuchado todo aquel diálogo. En realidad, ella no sabía siquiera dónde se encontraba Dodge, y solamente intuía que él no habría querido alejarse de la casa. Pero nunca imaginó que les hubiera oído con tanta perfección, ni que en las facciones del fugitivo se hubiese dibujado tal expresión de ira.

CAPÍTULO IX

El viejo Tucker estaba practicando en la pequeña plaza que ocupaba el centro de la ciudad, su deporte favorito: subía y bajaba con increíble rapidez del gran árbol que daba sombra a aquel lugar, y que en algunas ocasiones solemnes había servido para colgar de sus ramas «adornos» humanos. Para Tucker no había método mejor que ése. Uno conservaba la salud subiendo y bajando de los árboles todo el día, como si fuese un simio.

Una numerosa concurrencia se había formado en torno a él. Varios vecinos se burlaban, pero la mayor parte le aplaudían entusiásticamente.

Tucker se sentía a gusto en lo alto de la copa del árbol. Además, dominaba toda la ciudad.

Pero de pronto estuvo a punto de caer.

Sintió vértigo.

Desde su puesto, él acababa de ver algo que no podía ver ningún otro habitante de la ciudad. Distinguía la calle principal, casi desierta —porque la mayor parte de los desocupados se habían congregado en torno a él—, y distinguía también la entrada del saloon. Naturalmente, vio al hombre que se acercaba parsimoniosamente a esa entrada.

Pensó que veía mal. Que era imposible.

Uno de los que esperaban en la plaza gritó:

—¡Eh, abuelo! ¿No bajas?

—¿Qué ves desde ahí? ¿Una chica ajustándose las ligas?

—¡Tú no estás ya para esos trotes!

Tucker empezó a bajar. Las manos le sudaban y estuvo a punto de resbalar dos veces. Diablos, ¿qué habría ido a hacer allí un reclamado como Dodge Lane?

Pronto lo sabría la ciudad entera.

* * *

Zukor estaba al final de la barra del saloon. Había vaciado un vaso de *whisky* y ahora se entretenía haciéndolo girar entre sus dedos, de forma que no cayese al suelo. Nadie más se había atrevido a beber en las cercanías, por temor a molestarle.

En el saloon había media docena de personas más. Todos eran borrachos más o menos habituales, gente que se quedaba dormida en los asientos a la quinta o sexta copa.

El silencio era casi total. Se oía hasta el vuelo de algunas perezosas moscas que vivían, incluso en la estación invernal, al calor de aquel ambiente.

Pero de pronto todos alzaron la cabeza. Alguien acababa de empujar los batientes con el pecho. Alguien que les produjo la sensación que les habría producido un fantasma.

Al dueño del saloon se le cayó una botella al suelo. Fue él quien menos supo disimular su asombro.

—¡Dodge Lane!

Dodge entró tranquilamente y apoyó un codo en la barra.

—¿Quiere servirme un *whisky*, amigo? A lo mejor me convierto en cliente de la casa.

—¿Usted… quiere suicidarse?

—¿Por qué había de quererlo?

El del saloon señaló con la mandíbula un pasquín que adornaba una de las paredes.

—Por…, por aquello.

Dodge le miró.

—No he quedado del todo mal.

—Por favor, váyase de aquí… Ofrecen cinco mil dólares por su cabeza.

—¿Y no quiere cobrarlos?

—Lo que no quiero es perder mi propia piel. En ningún sitio me venderán una de recambio.

—No vengo por usted, amigo.

—Entonces, ¿qué quiere?

Dodge miró a Zukor. Por su parte, el pistolero también le miraba a él con expresión de curiosidad.

Nunca se había encontrado ante un pistolero que fuera más famoso que él, y Dodge Lane lo era. Instintivamente se preguntó quién podría vencer en un duelo a aquella distancia. Pero era hombre prudente y decidió no provocarle, aunque ardiera en deseos de salir de aquella duda.

Si él mataba a Dodge Lane, no sólo cobraría cinco mil dólares; su fama crecería como la espuma en todo el Oeste central. Sería respetado y temido en los pocos lugares donde aún no lo era.

El recién venido le miraba fijamente.

—Usted es Zukor, ¿no?

—El mismo.

—Me han dicho que hace poco ha agujereado la mano a un hombre.

—¿Cómo lo sabe?

—Me lo ha dicho el propio *sheriff*.

—¿Quiere hacerme reír, Lane?

—Al contrario, ésta es una conversación entre personas serias. Tan serias como si estuviésemos en un funeral. ¿Por qué le ha marcado de ese modo, Zukor?

—Sólo como una advertencia.

—Piensa matarlo, ¿verdad?

—Depende.

Dodge Lane se apoyó con falso descuido en la barra, pero teniendo en realidad todos los músculos en tensión.

—Le ofrezco un trato, Zukor.

—¿Usted a mí? ¿Qué quiere? ¿Qué le corte la cabeza, la entregue al *sheriff* y nos repartamos usted y yo los cinco mil machacantes?

—Algo mucho más serio.

—Hable. Me estoy derritiendo de impaciencia.

—Lárguese de aquí, Zukor. Usted y su dueño. Tiene diez minutos.

—¿Mi dueño?

—Barton.

—¿Cómo diablos sabe que…?

—Cosas mías.

El diálogo era seco, cortante. Zukor se dijo a sí mismo que no era mentira lo que le habían contado de Dodge Lane. Nunca perdía

los nervios. Era un tipo que mataba con la misma indiferencia con que vaciaba una copa.

—Me gustaría saber qué papel juega en todo esto —gruñó—. Tom no es amigo suyo. Usted no tiene amigos en ninguna parte.

—Eso es cierto.

—Entonces olvide ese asunto, Dodge… si no quiere que le mate.

—Aún no ha contestado a mi oferta.

—Dela por contestada.

—En tal caso lo siento por usted, Zukor. Lo siento de veras…

Dodge Lane seguía en la misma postura indiferente, como si la cosa no fuera con él, pero todo el cuerpo de Zukor se había tensado. Sabía que el duelo era inevitable y estaba preparado. Arqueó levemente su mano derecha.

Dodge murmuró:

—Adiós, amigo…

Los dos hombres se movieron entonces como si hubieran sido disparados por un mismo resorte. Todo lo que había sido tensión y quietud hasta unos segundos antes se transformó de pronto en movimiento febril. Dos manos volaron hacia las culatas.

Ninguno de los espectadores se movió. Estaban seguros de que allí no habría balas perdidas. Los dos diablos que se enfrentaban cara a cara eran demasiado expertos.

Zukor llegó a disparar, pero décimas de segundo después de que una bala penetrara en su cuerpo. Se encogió, lanzando un gemido, mientras una extensa mancha de sangre se dibujaba en su camisa, a la altura del corazón. Intentó desesperadamente apretar el gatillo de nuevo, y sus dientes rechinaron por el esfuerzo.

Cayó de rodillas.

Poco a poco su mano se fue abriendo, y con expresión de incredulidad soltó su revólver. Sus ojos, que se iban naciendo vidriosos por momentos, miraron al hombre que acababa de vencerle.

—Nunca había encontrado… a otro… más rápido… que yo… —balbució mientras se inclinaba.

—ˆCuando uno encuentra al hombre más rápido, es ya demasiado tarde para volverse atrás —musitó Dodge—. En cierto modo lo siento, amigo. Tu dueño es mucho más repugnante que tú.

Sopló en el cañón del revólver y lo guardó. No necesitaba

prestar más atención a Zukor.

Éste acababa de morir.

Otra vez el silencio se había hecho en el saloon. De nuevo se oía el revolotear perezoso de las moscas.

El dueño farfulló:

—Márchese, Dodge…

—Eso pensaba hacer. No crea que tengo intención de resistir aquí. ¿Cuánto debía ese amigo que ha tenido que ausentarse?

—¿Zukor? No se preocupe por él; la casa invita.

—Gracias.

Dodge salió. La calle estaba extrañamente desierta, aunque era lógico suponer que los disparos habrían sido oídos. Pronto empezaría a llegar gente, y en especial Nick, el ayudante del *sheriff*.

Montó en el caballo que le había traído hasta allí. Era uno de los caballos de la granja de Tom. Ni demasiado joven ni demasiado bueno. Un penco que poco le serviría en caso de persecución.

Pero eso importaba poco a Dodge Lane, quien parecía dominado por otros pensamientos.

Picó espuelas y emprendió el camino de regreso, aprovechando los cercanos bosques.

Se perdió por ellos. Era casi imposible que le encontrasen allí, a menos que docenas de hombres rodearan la zona.

Sin darse demasiada prisa, procurando no dejar ni una huella de su paso, se dirigió a la granja de Tom.

Una expresión decidida se dibujaba en su rostro. Era la expresión del hombre que ya no tiene nada que perder.

Capítulo X

No sabía lo que encontraría en la granja. Quizá el *sheriff* se hubiese dirigido allí, o quién sabe si Tom se daría cuenta de su presencia y le recibiría con disparos de rifle. Todas esas cosas, en el fondo, importaban poco a Dodge Lane. El se había hecho ya un propósito y no pensaba renunciar al mismo.

Desde la ciudad se podía ir a la granja de Tom sin salir prácticamente de los bosques. Por eso Dodge pudo llegar hasta allí con relativa tranquilidad. Pero al salir del bosque, su caballo se intranquilizó al divisar la sombra de alguien que parecía estar aguardando.

Dodge no echó mano al revólver ni hizo ningún gesto. En aquella sombra acababa de reconocer a una mujer. Concretamente, a Marta.

Ella se apoyó en el tronco de uno de los últimos árboles. Desde allí se veía el edificio blanco de la pequeña granja.

Sus labios se entreabrieron para susurrar:

—Hola, Dodge.

Dodge se apeó poco a poco. Acarició el cuello del caballo y le dejó retozar por las cercanías. Bajo los árboles aún se encontraba un poco de hierba fresca. Se acercó luego a Marta, que le miraba quietamente.

—¿Qué haces aquí? —susurró.

—He estado viendo todo esto… Es muy hermoso, a pesar de la sequía. Pero ahora no miraba nada, Dodge. Te estaba esperando.

—¿Por qué?

—La otra noche hablamos de algunas cosas, pero no de lo único que importaba. Aquella mujer nos interrumpió.

—No la llames «aquella mujer».

—¿Estás enamorado de ella?

Dodge sonrió con expresión ausente, como si la pregunta no se la hubieran hecho a él.

—No, no lo estoy.

—Pero te atrae…

—Cuando la vi por primera vez, me pareció una mujer muy hermosa —susurró el pistolero—. Yo llevaba muchos días huyendo. Meses… No había visto a una mujer en todo ese tiempo. Te confieso que, en el fondo de mí mismo, hubiera deseado tener una aventura, siempre que ella consintiese.

Marta guardó silencio. El dio unos pasos, y sin mirarla directamente continuó:

—Pero luego miré bien aquella casa. Noté la sensación de paz y de honradez que se desprendía de ella. ¡Resultaba todo tan distinto de lo que hasta entonces había sido mi vida! Conocí también a Bill, el pequeño. Su corazón estaba lleno de ilusiones, su alma era transparente y limpia. Me avergoncé de haberme sentido atraído por su madre, aunque fuera sólo un momento. Y me dije que debería protegerlos, hacer por ellos cuanto pudiese.

—¿De verdad sentiste eso?

—No te miento, Marta.

—Me has dicho una media verdad solamente, Dodge. Nunca deseaste una aventura con esa mujer. Sólo se lo dijiste para que te tuviera miedo. Te interesaba que ella estuviese un poco atemorizada para que no hiciese ninguna tontería. Yo te conozco muy bien, Dodge; te conozco tan bien como si fuese tu hermana.

El sonrió.

—Bueno, supongamos que tienes razón… Pero eso, ¿qué importa?

—Sí que importa, Dodge. Porque con ello me confirmas que en todo este tiempo no has querido a ninguna mujer más que a mí.

—Lo nuestro murió, Marta.

—Tú lo hiciste morir.

La voz de la muchacha era tensa y estaba cargada de una secreta pasión.

—No eras una mujer para mí.

—¿Por qué no? Soy la mujer más pobre que puedas imaginar. Puestos a no tener nada, ni siquiera he conocido a mis padres.

—Pero Barton te adoptó.
—Barton es un canalla.
La acusación brotó de sus labios como un disparo. Los labios de la muchacha temblaron un momento.
—No me dirás que…
—No, conmigo no se ha atrevido —dijo Marta, adivinando su pensamiento—. Sólo me emplea y me necesita para una cosa; porque así tiene un aire más respetable, lo cual es necesario para sus negocios. Así tiene el aspecto de un hombre con un hogar, con una vida organizada. Pero sé que es un cerdo lleno de deseos miserables. Ni la moral ni la verdad existen para él; sobre todo, no concibe que una mujer pueda resistírsele. Hasta ahora ha conseguido todo lo que quería, por las buenas o por las malas; ésa es su única ley.
Desvió la cabeza y susurró, evitando mirarle:
—Confiaba en casarme contigo, Dodge. Creía firmemente en ti. Tenía la ilusión de que un día nuestra vida sería distinta.
—Pero yo lo estropeé todo —musitó él.
—¿Cómo pudiste hacer aquello? Es algo que nunca he podido comprender, Dodge. No va con tu carácter.
—A veces los hombres hacemos cosas que no tienen sentido, Marta.
—Pero matar a sangre fría… Matar de aquel modo sólo por dinero… No, es algo que no puedo creer de ti.
El dijo con rudeza, desviando la mirada:
—Lo confesé, ¿no? Pues no hay motivo para volver a hablar de eso.
—Lo que no comprendo es que fueras capaz de hacerlo.
—Lo hice y no se puede volver atrás —dijo él con la misma rudeza.
—Pero todavía hay una solución.
—¿Tú crees?
Una luz febril brillaba en los hermosos ojos de Marta. Era la luz de una ilusión que se niega a morir; la luz de la que quizá sería la última ilusión de su vida.
—Hay tierras más al oeste —musitó ella—. Podemos huir; nadie nos conocería allí.
—Marta —dijo él con suavidad, mirándola ahora dulcemente—,

tú vives ahora como una auténtica señorita.

—Junto a un hombre del que quiero alejarme cuanto antes. No puedo soportar más el oír risas de mujeres y taconeo de bailarinas junto a mi propio dormitorio. O gemidos de muchachas que están allí a la fuerza, bajo la amenaza de un revólver. Barton siempre ha tenido a su lado a hombres como Zukor…

Dodge desvió la mirada y pensó en él. Pensó en el ataúd para el que ya le estarían tomando medidas.

—Esos pistoleros también mueren —susurró.

—Dodge, no desvíes la conversación ahora. Te he hecho una proposición. Estoy dispuesta a soportarlo todo a tu lado, todo absolutamente. Por favor. Casémonos y huyamos más al oeste. Esta región llena de bosques es muy adecuada para una fuga. No perdamos un minuto más de nuestras vidas, te lo suplico…

—Es inútil, Marta.

Ella hundió la cabeza. Sus labios dibujaron una mueca patética, y toda su maravillosa juventud pareció hundirse, quedar derrotada para siempre.

—Dodge —susurró—, desde que aquella vez te hirieron, has cambiado mucho.

—¿Herirme? ¿Quién se acuerda ya de eso?

—Yo sí que me acuerdo —susurró Marta—, y me acordaré toda la vida. Fue aquel desafío contra un pistolero que me había insultado. Parece como si estuviese viviendo otra vez aquel momento terrible. La calle llena de sol, el polvo amarillo que flotaba en el aire… Tú mataste a aquel hombre, pero fuiste unas décimas de segundo más lento que otras veces. Una bala se incrustó junto a tu corazón, porque él también tuvo tiempo de disparar. Yo te vi caer llevándote las manos al pecho, Dodge… Creí que aquello era el fin.

El crispó nerviosamente los dedos siempre evitando mirarla a los ojos.

—Es cosa pasada, Marta.

—Pero yo jamás te he querido como en aquel momento… Habías arriesgado tu vida por mí, y además estabas herido. Tú me necesitabas, me necesitabas a mí sola. Una mujer siempre desea que el hombre a quien quiere dependa un poco de ella, porque así lo siente más suyo. Fue el momento en que te tuve más cerca de mi

corazón, Dodge. Pero de repente todo cambió. A partir de aquel desafío pareciste otro…

—Aprensiones tuyas.

—¿Influyó tal vez la muerte de tu hermano?

—Sentí mucho que él muriera, pero no cambié de carácter por eso.

—No me convencerás, Dodge. Todo fue distinto, terriblemente distinto a partir de entonces. Poco antes de la muerte de tu hermano confesaste haber cometido aquel crimen absurdo. Me olvidaste. Te convertiste en el fugitivo que eres hoy.

—Yo nunca te he olvidado, Marta.

—¿No? —Ella sonrió tristemente—. Si no hubiese oído hablar de aquel viejo de dos palas junto a un pozo, si no hubiese imaginado que tú podías estar allí, nunca hubiéramos vuelto a encontrarnos.

Llevó suavemente sus manos hacia él. Le sujetó por los hombros con ternura, pero con firmeza.

—No todo está perdido aún, Dodge. Huyamos más al oeste. Tenemos por delante muchos años de vida y miles de acres de tierra. Yo me resignaré a vivir como sea…, siempre que esté junto a ti.

Dodge movió la cabeza pesarosamente. Durante algunos segundos pareció vacilar, pareció rendirse ante la dulzura de las palabras de la muchacha, que le habían llegado hasta lo más hondo. Pero de repente echó la cabeza hacia atrás y sus ojos volvieron a adquirir aquel extraño matiz de acero.

—El pasado ya no nos pertenece —susurró—. Nadie puede volver sobre sus pasos.

La muchacha no le entendía. Gimió:

—¡Dodge!

Pero él ya le había vuelto la espalda. Ya caminaba hacia la casa pesadamente, como un sonámbulo. O quizá, como un hombre que sólo deseara morir.

CAPÍTULO XI

Ann estaba algo lejos de la casa. Para que ésta no tuviera en ningún momento un aspecto triste, procuraba que en la mesa jamás faltara un ramo de flores silvestres. Cada día iba al linde del bosque y las recogía. A veces la tierra seca no daba flores, pero sí ramas que adornaban el hogar. Ann, ahora que Tom había vuelto, puso especial cuidado en aquel detalle.

Quería eliminarle preocupaciones. Quería que él se sintiera feliz.

Y sin embargo, ¡flotaban tantas nubes sobre su cabeza! ¡Tantas tormentas amenazaban su débil corazón de mujer!

Había logrado reunir ya unas cuantas flores y estaba cerca de la casa cuando oyó unos pasos a su espalda. Se volvió, creyendo que era Tom.

Sus facciones sufrieron una sacudida al ver allí a Barton.

Barton reía socarronamente. En la postura en que se hallaba, medio inclinada sobre los arbustos, las curvas de la mujer aún resultaban más seductoras.

—Sigues pareciendo una chiquilla… —dijo arrastrando las palabras—. Eres maravillosa…

—¡Márchese!

Barton volvió a reír.

—Al contrario, muñeca, es ahora cuando me quedo. Ya has visto que tu maridito tuvo el primer encuentro con Zukor…

—Fue una canallada. Tom no podía luchar con un pistolero profesional como ese esbirro.

—Menos podrá luchar de ahora en adelante, preciosa. Con su bonita mano derecha atravesada… ¿Quieres que Zukor lo mate de una vez?

Ella se irguió. Le contempló cara a cara, con desafío, mientras

respiraba agitadamente.

—Nunca cederé, Barton.

—Muy bien. En ese caso eres tú quien condena a tu marido a muerte.

—No se atreverá a…

—¿Que no? Yo me he atrevido a muchas cosas, muñeca, y ahora que tengo dinero puedo atreverme con más motivo. No corro ningún riesgo personal. Zukor será quien lo haga.

Tendió su derecha ansiosamente hacia el cuerpo de la mujer, intentando sujetarla. Ella retrocedió de un salto.

En aquel momento se oyó una voz:

—¡Eh, Ann!

Barton recompuso su postura inmediatamente, adoptando de nuevo aquel aire de caballero respetable. Miró y vio a lo lejos a Nick, el ayudante del *sheriff*, que se acercaba al galope.

Nick no debía haberse dado cuenta de sus intenciones, porque llegó hasta ellos con la mayor naturalidad e incluso sonrió.

—Hola, Ann. Hola, señor Barton.

Ann suspiró con infinito alivio.

—Hola, Nick.

—Te extrañará que venga tanto por aquí, ¿verdad?

—Pues… Bueno, tú sabes que puedes venir cuando quieras. Siempre serás bien recibido.

—Es que quiero hacerte una pregunta.

—Pues hazla. No faltaba más…

—En la ciudad han ocurrido novedades. Un pistolero llamado Zukor ha muerto.

Barton se quedó sin habla. Por poco da un brinco.

—¿Queeé?

—Lo han matado cara a cara. Y, amigo…, ¡qué modo de liquidarlo!

—¿Quién ha sido? ¡Zukor era invencible!

—Pues se encontró con alguien más rápido. Un pistolero a quien todos conocemos: Dodge Lane.

Ann se estremeció. Se dio cuenta de lo que había sucedido. Supo desde el primer momento que Dodge había hecho aquello para salvar a Tom.

Le pareció como si la pregunta de Nick brotara desde muy lejos.

—Dodge ha necesitado ocultarse en algún sitio durante todo este tiempo, Ann. ¿Tú no lo has visto?

—Pues… no.

—Nada va contra ti, Ann. Dime la verdad, por favor. Lo único que pretendo es capturar a ese hombre.

Barton aulló:

—¡Tiene que estar aquí! ¡Ella lo ha ocultado! ¡Ella, esa maldita…!

Nick ordenó:

—¡Silencio!

Parecía haber escuchado algo a lo lejos. Miró hacia la salida del bosque.

—Es el viejo Tucker que se acerca —dijo Ann, mirando allí también—. Viene con mucha frecuencia.

Pero Nick hizo un gesto. No parecía tranquilo.

Me ha parecido oír algo más —dijo—. Un momento.

Ann, así como Nick y Barton, estaban en la parte posterior de la casa. No veían la parte delantera, que se encontraba solitaria.

Bueno, lo parecía.

De la puerta surgió Tom acompañado de su hijo Bill. Tom llevaba un hacha en la mano.

—Estoy muy contento de que hayas vuelto, papá —decía el pequeño—. Pero ¿qué vas a hacer con esa mano herida? ¿Cómo podrás cortar leña?

—Lo intentaré, Bill. He de acostumbrarme…

—Pero mamá ha dicho que estabas muy débil y que deberías haberte quedado en cama.

—Las mujeres siempre están con tonterías —dijo Tom, sonriendo —. Voy a ver qué es lo que puedo hacer con la mano izquierda. Ya te he dicho que tengo que acostumbrarme…

—Oye, papá, tengo que decirte una cosa.

—¿Qué, Bill?

—Estos días ha estado aquí…

Se interrumpió de pronto al ver a un hombre que se acercaba en línea recta hacia ellos.

A ese hombre le conocía bien. Tanto, que Bill no pudo contener un grito de alegría.

—¡Dodge!

Tom se quedó paralizado. Su rostro, durante unos momentos, hubiera servido para representar el estupor mismo. El hecho de que el nombre que él había buscado tan afanosamente estuviera allí, le dejaba sin habla. Mecánicamente llevó la derecha al costado, pero no llevaba revólver ni hubiese podido empuñarlo ahora.

Dodge se detuvo a cinco pasos. Miró a Bill con una sonrisa que al niño —no supo por qué— le pareció triste.

—Hola, Bill.

—Dodge… ¡Creí que no volverías!

—Ya has visto que sí, Bill. ¿Cómo iba a marcharme sin despedirme de ti? Pero ahora quisiera pedirte un favor.

—Lo que tú quieras, Dodge.

Tom estaba cada vez más asombrado.

No comprendía de dónde podía haber salido tanta familiaridad entre aquel pistolero y su hijo.

—Tendrías que dejarnos solos, Bill —dijo Dodge, dirigiéndose al pequeño—. ¿Te importaría?

—¿Quieres hablar con papá?

—Claro, Bill.

—¿Y por qué no puedo oírlo yo?

—Porque son cosas de personas mayores. Cosas aburridas, ¿sabes? Pero dentro de cinco minutos podrás volver.

Bill hizo un gesto con la derecha.

—Yo hago lo que tú quieras, Dodge… ¡No faltaba más!

Cuando iba a alejarse ya hacia el interior de la casa, se volvió para decir:

—¡Ah! ¡Y explícale lo del pozo!

—Sí, Bill.

Cuando el pequeño hubo desaparecido, los dos hombres quedaron solos frente a frente.

Durante algunos instantes se miraron a los ojos. Los de Tom reflejaban asombro; los de Dodge una serenidad casi dulce.

Fue Tom el primero en hablar.

—¿Cómo se explica esto? —susurró—. ¿Qué hace aquí?

—Ante todo, debo confesarle que he estado oculto en esta casa durante algunos días.

—¿Aquí?

—Veo que le cuesta creerlo. Pero es la pura verdad, amigo, y

puede preguntárselo a su esposa.

—Ella no sería capaz de…

—La amenacé. Ella accedió para que no le ocurriese nada al niño.

Tom arqueó una ceja.

—Entonces, ¿cómo es él tan amigo suyo?

—Los niños no se dan cuenta de nada. Su madre tampoco se lo explicó, porque, ¿para qué iba a atormentarle? El creía que yo estaba aquí a gusto de todos. Hemos reído mucho juntos y le he enseñado a hacer un pozo. Creo que se ha hecho a mi lado un poco más hombre. Lo de Bill ha sido una de las pocas cosas limpias y bonitas de mi vida.

—¿No le ha causado ningún daño a mi mujer? —Ninguno. Ella comprendió desde el primer momento y no opuso resistencia. Por otra parte, siempre se ha comportado como una auténtica señora. Tiene usted una mujer a la que sería muy difícil poner precio, amigo Tom. Una mujer de verdad.

Tom se pasó la lengua por los labios, que se le habían quedado espantosamente secos.

Miraba el revólver del hombre que estaba frente a él. No podía olvidar que Dodge Lane estaba armado, y él no. Tampoco podía olvidar que los pistoleros tienen a veces bromas macabras, y que hablan amistosamente con uno cuando en realidad, están haciendo tiempo para asesinarle.

Pero había algo distinto en los ojos de Dodge Lane. No eran los de un asesino. Tom los miró fijamente y hubo de decirse, con asombro, que los ojos de aquel pistolero eran los de un hombre que sufre.

—¿Por qué me cuenta todo esto? —susurró.

—Para su tranquilidad.

Después de estas palabras, Dodge Lane empuñó el revólver. Tom no se estremeció ni demostró miedo, pero sentía frío hasta sus mismos huesos. «Ya está —pensó—. Se ha reído de mí mientras esperaba asesinarme a sangre fría…».

Dodge sacó el revólver del todo y lo dejó caer pesadamente a los pies de Tom.

—Pero ¿qué hace? —balbució éste.

—Recójalo.

—¿Qué pretende?

—Haga lo que le digo.

Tom empuñó el revólver con la mano izquierda. No era zurdo, pero a aquella distancia resultaba imposible fallar.

—¿Y ahora qué? —susurró.

—Es muy sencillo. Usted deambuló varios días por el bosque. Había salido a buscar cinco mil dólares.

—Sí, pero…

—Muy bien. Ya los tiene.

Tom emitió una especie de bufido, porque de repente quedó cortada su respiración.

—¿Qué dice?

—Detrás de la casa está Nick, el ayudante del *sheriff*. Le he visto antes hablar con Ann. Llámele y le dice que me ha cazado mientras yo pasaba cerca de aquí. Nick tendrá un alegrón tremendo al poder meter entre rejas a un pájaro de mi categoría.

Tom tragó saliva penosamente. Se daba cuenta de lo que aquello significaba, y además veía claramente que aquel extraño pistolero no estaba hablando en broma. Le bastaba lanzar un grito, llamar a Nick, para que los cinco mil dólares fueran suyos y estuviera resuelto su porvenir. Pero ¿por qué? ¿A qué se debía aquella actitud sin sentido?

—Oiga, Dodge —susurró—, usted no ha bebido, ¿verdad?

—Ni una gota.

—¿Por qué se entrega?

—Porque de un momento a otro iban a cazarme, y así habrá quien gane cinco mil dólares. Usted se los merece mucho más que cualquier otra persona.

Tom parpadeó.

—¿Se da cuenta de que va a la horca?

—Cualquier duda sobre eso sería ridícula… Claro que lo sé.

—¿Y pretende que le entregue?

—Ya le he dicho que, de un modo u otro, iban a capturarme. Y me parece muy natural que, al menos, mi muerte produzca algún beneficio.

—Oiga, Dodge… ¿quiere que le diga una cosa?

—Sí, pero sea breve. ¿Por qué perder tiempo? ¡Llame a Nick de una condenada vez!

—En el campo uno aprende pocas verdades —dijo Tom—, pero las que aprende son mayúsculas. Usted no me parece un asesino. ¿Es cierto que cometió aquellos crímenes?

—Ya confesé hace tiempo. ¿A qué viene esa pregunta?

—Ahora nadie nos está oyendo, Dodge. Dígame la verdad cara a cara, de hombre a nombre. Se quitará un peso de encima si al menos puede confiar en alguien.

—Hágame antes una promesa de hombre a hombre, Tom.

—Cuente con ella.

—Me entregará ocurra lo que ocurra. Jure que me entregará.

—Primero quiero oírle.

—¡Júrelo!

—Lo juro. Le entregaré a Nick. ¿Cree que no necesito esos cinco mil dólares? Cada vez que miro esta tierra y luego miro a mi hijo me entran deseos de llorar, a pesar de ser un hombre. Los necesito como ninguna otra cosa en mi vida.

Dodge suspiró. Diríase que se sentía aliviado, que se había quitado un enorme peso de encima.

—En ese caso le diré la verdad, Tom. Esos dos crímenes no los cometí yo, sino mi hermano. El necesitaba dinero para su campaña electoral. Necesitaba mucho dinero. Como si fuese millonario, y no el hijo de unos simples labradores.

—Su hermano… ¡Dios santo! El que estaba haciendo una rápida carrera política…

—El era ambicioso… —susurró Dodge—. Pertenecía a la estirpe de los triunfadores, y los triunfadores no tienen moral. Cualquier cosa, hasta la más sagrada, la emplean para sus fines. Mi madre estaba muy orgullosa de él… Tenía que haber visto su habitación. Llena de retratos, de recuerdos de su hijo menor, el listo, el triunfador, el que llegaría lejos. ¿Cómo decirle que la ambición le había convertido en un asesino? Yo, en cambio, sólo sabía enlazar una res, manejar el revólver y cultivar la tierra. Por eso, ante las sospechas que empezaban a rodear a mi hermano, dije que los crímenes los había cometido yo. Luego, cuando él murió en accidente, ya no pude rectificar. Ni me hubiera servido de nada, ni yo quería ensuciar su memoria.

Los brazos de Dodge Lane estaban caídos a lo largo del cuerpo. Sus ojos eran limpios, puros, nobles. Eran los ojos más nobles que

Tom recordaba haber visto en su vida.

En el campo se aprenden sólo cuatro verdades —como había dicho el mismo Tom—, pero esas verdades son las más importantes del mundo.

Y fue eso lo que obligó a decir al granjero, mientras apretaba los labios y una especie de sombra velaba sus ojos:

—Tú eres inocente, Dodge.

—¿Qué importa eso ahora?

—No puedo entregarte. No puedo hacerlo ni aunque me juegue cinco mil dólares.

—Tú lo has prometido, Tom.

—Pero no puedo hacerlo… Nunca más me consideraría un hombre honrado. ¡Cielo santo! ¡No puedo! Dodge sonrió nostálgicamente. —Voy a confesarte algo más, Tom—. ¿Qué?

—Cierta vez tuve un desafío. Un hombre había insultado a la mujer que yo amaba y a la que amo todavía. Lo maté, pero él logró alcanzarme cerca del corazón. La bala quedó empotrada, y a veces se mueve. Me han dicho los médicos que se desplaza lentamente hacia el corazón, y que cuando llegue a él moriré sin remedio. En realidad puedo morir en cualquier momento. Por eso, ni soy tan valiente como parezco ni tiene tanta importancia mi sacrificio.

Tom volvió a tragar saliva otra vez penosamente. Se movieron con lentitud, casi con angustia, los músculos de su garganta.

Luego musitó:

—Un esfuerzo puede matarte, pero puede salvarte también. He sabido de casos en que la bala, al moverse, queda junto a un hueso donde, con los años, llegará a soldarse. Y ya no ofrece peligro alguno.

—Más vale no confiar en eso —sonrió Dodge—. Vamos, entrégame. No vaciles más. Piensa en Bill.

Tom alzó el revólver poco a poco. Su mandíbula temblaba. Sus facciones estaban tan pálidas que parecía como si, de un momento a otro, fuese a caer a tierra.

Tenía que tomar la decisión más trascendental y más penosa de su vida. De pronto respiró con fuerza. Llamó:

—¡Nick!

Nick, Ann y Barton aparecieron por la esquina de la casa apenas un minuto después. Ann estaba intensamente pálida. En cuanto a

Nick, la verdad fue que demostró menos sorpresa de la que era de esperar al ver allí a Dodge Lane.

—Lo imaginaba —dijo—. ¡Muy bien, Tom! ¿Le has capturado sin ayuda de nadie?

—Pues… Pues sí.

—¡Te has ganado cinco mil dólares, muchacho! ¡Van a venirte de perilla!

Encañonó a Dodge.

—Tus aventuras han terminado, amigo. Ya nos contarás en la cárcel dónde has pasado estos últimos días… ¡Andando!

Dodge no opuso resistencia. Una extraña sonrisa flotaba en sus labios.

Miró a Ann, y aquella sonrisa se acentuó. Ann sentía deseos de gritar, de llorar, de arañarse a sí misma. Pero con una fuerza superior la mantenía clavada en tierra, le impedía hablar, respirar incluso.

—No tengo armas —dijo Dodge—. Puede atarme las manos cuando quiera, amigo.

Nick iba a hacerlo cuando en aquel momento alguien gritó desde la copa de un árbol:

—¡Eh ayudante!

Nick miró hacia el lugar de donde brotaba la voz. Vio al viejo Tucker encaramado como un simio.

—¡Maldita sea! ¿Pero qué haces ahí?

—¡He subido sin que nadie me viera, ayudante! ¡A mis años todavía soy un campeón!

—¡Baja, imbécil! ¡Esa rama está a punto de romperse!

—¡Quiá!

—¡Te vas a quedar sin cabeza! ¡Bueno, sin la poca cabeza que aún tienes!

El vejete rió.

—Hala, suba a buscarme. ¡Suba si se atreve!

Lo que decía Nick era cierto. La rama iba a romperse, y eso lo veía todo el mundo menos Tucker. Pero éste reía como un niño mientras se columpiaba más y más.

—¡Soy un campeón! ¡Haga lo mismo que yo, Nick! ¡Usted es joven y sin embargo, no puede…!

—Ese maldito se va a matar —masculló el ayudante del *sheriff*

—. ¡No ve que va a romperse su estúpida cabezota!

Dodge hizo entonces una pregunta inesperada:

—¿Puedo subir por él?

—¿Subir? ¿Por qué?

—Quizá Tucker me haga caso —musitó Dodge—. Con ustedes quiere gastar bromas, conmigo quizá no… Además, no puedo huir. Ustedes tienen las armas.

Antes de que los otros respondieran, Dodge se acercó al árbol. Con agilidad de atleta empezó a subir. Tucker, arriba, reía y reía, hasta que de repente se puso serio y empezó a descender.

—Bueno, ya voy… ¡Caramba, qué prisas! ¡Nadie quiere bromas aquí!

Nadie se dio cuenta de que Barton, con los labios apretados a causa de la rabia que le dominaba, extraía un pequeño revólver de su funda sobaquera. Aquel maldito había matado a Zukor, su mejor pistolero. No podría estar tranquilo mientras aquel tipo viviese. Y nadie le reprocharía haber terminado con un forajido…

Apuntó.

Sus ojos eran como dos frías rendijas de odio. Sus dientes entrechocaron.

—¡Cuidado! Era Ann la que acababa de gritar. Tom se volvió de repente, y con el propio revólver de Dodge, que aún empuñaba en su izquierda, hizo fuego.

Un agujero redondo se marcó entre los dos ojos de Barton. Con él pareció mirar asombrado, al volver la cabeza, al hombre que acababa de matarle. De pronto lanzó un grito sordo y se derrumbó. El «Derringer» resbaló de sus dedos poco a poco y cayó a tierra. Ann ahogó un sollozo. Tom miraba hipnotizado al hombre a quien acababa de matar.

—Nick —farfulló—. Tú sabes que yo… Yo lo he hecho porque…

—No puedo acusarte de nada —susurró Nick—. Yo también lo he visto. Vamos, muchacho, tira ese revólver. Y acabemos pronto.

Tom obedeció. Parecía como si el revólver le quemase.

Entretanto, Dodge Lane estaba ya descendiendo. Había sufrido una violenta crispación al escuchar el disparo, quedando colgado por unos instantes. Fue entonces cuando sintió aquello en su interior, aquello casi increíble, tan extraño. De pronto algo se había movido en su interior, en la zona más entrañable de su cuerpo. Los

dolores que tantas veces le habían atormentado, sobre todo al hacer esfuerzos, cesaron de repente. Se dio cuenta de que, ahora que estaba preso, había ocurrido lo que jamás creyó. La bala acababa de desviarse de su curso fatal. Había encontrado un hueso y de allí ya no se movería nunca, hasta enquistarse. Pero eso. ¿Qué importaba ahora?

Terminó de descender. El viejo Tucker saltó junto a él.

—¡Vaya! ¡Casi es tan ágil como yo, amigo!

Dodge tendió las manos a Nick.

—Puede acabar cuando quiera, amigo.

—Sube a ese caballo.

—¿No va a atarme?

—No hace falta. Cuento con tu palabra.

Dodge montó. Dirigió una sonrisa a todos, una sonrisa animosa, tranquila, de hombre que por fin ha encontrado la paz.

Nick montó en otro caballo. Se llevó una mano al sombrero, saludando. Luego emprendieron el trote los dos.

Se iban.

Dos pares de ojos contemplaron sombríamente aquella escena. Los ojos de Ann estaban nublados, y en cuanto a Tom, no le daba vergüenza que su esposa viera aparecer dos lágrimas en sus ojos.

Sus facciones estaban crispadas.

Sus gargantas tensas.

Tom no se dio cuenta de por qué lo hacía.

Bruscamente se inclinó. Bruscamente su mano izquierda asió el revólver que antes había dejado caer.

—No es justo… —musitó—. No puedo hacer eso. ¡No puedo hacerlo!

Tensó el brazo izquierdo.

Vio que Ann le animaba con sus ojos. Aquellos ojos en que había lágrimas…

—¡Nick! —aulló—. ¡Nick, quieto!

Nick se volvió. Lo hizo con el revólver ya dispuesto.

—¿Qué quieres, Tom?

—¡Suelta a ese hombre!

Nick arqueó las cejas.

—¿Estás loco, muchacho?

—¡No puedes llevártelo así! ¡No puedes, maldita sea! El es

inocente, y yo… ¡yo no puedo entregarlo!

La voz de Nick se hizo ronca.

—¿Sabes a lo que te expones, Tom?

—¡Claro que lo sé! ¡Pero prefiero seguir siendo un hombre honrado! ¡Déjale, Nick!

Nick levantó el revólver.

—Suelta tu arma, Tom.

—No lo haré.

—Voy a disparar. Apretaré el gatillo si no sueltas el «Colt».

—¡Dispara, Nick! ¡Dispara, pero yo no lo suelto!

Nick apretó el gatillo. Un «tlic» suave y cantarino saltó al aire.

Su arma estaba descargada.

—¿Qué crees que pensaba hacer, Tom? —susurró—. Lo he oído todo antes de que me llamaras, y sé que Dodge no mentía. Pero he querido comprobar hasta qué punto llega tu honradez. —Volvió de repente la cabeza—. ¡Vamos, Dodge! ¡Lárgate, maldita sea! ¡Demuestra que sabes montar a caballo!

Dodge abrió la boca, como si fuese a decir algo, pero no pudo. Apretó los puños y balbució al fin:

—Gracias, amigo… ¡Gracias!

Picó espuelas y se alejó rápidamente, mientras Nick sonreía. Todos vieron cómo en la linde del bosque, una muchacha corría hacia él. Era Marta. Dodge la ayudó a subir a su caballo, y luego galoparon los dos juntos. Galoparon los dos hacia una nueva vida.

Tom ya no tenía los ojos húmedos. Por el contrario, sonreía. Estaba sonriendo alegremente por primera vez en mucho tiempo.

Sintió en sus manos las manos del pequeño Bill.

—Papá, Dodge se marcha… ¿Es que ya no va a volver nunca más?

Tom le estrechó los dedos con fuerza.

—Claro que volverá, Bill. Tengo el presentimiento de que Nick lo resolverá todo, y de que Dodge volverá. Y ahora, entra en la casa, Bill…

—¿Entrar? ¿Por qué papá?

—¿No te das cuenta? Está lloviendo…

FIN